Victorya Serrada

No Estabas En Mis Planes



NO ESTABAS EN MIS PLANES

©Victorya Serrada, enero, 2025

©Todos los derechos reservados

Foto de portada by ShutterStock

Artista: Alex1wing

Diseño de Portada: VSG

Queda prohibido reproducir total o parcialmente por cualquier medio analógico o digital el contenido de este libro, sin el permiso de la autora.

Los personajes que aparecen en esta obra son totalmente inventados. Cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

SINOPSIS

Si te gustan las historias de amor inesperado, spicy, de enemies to lovers o en el que se enfrentan mundos totalmente diferentes, no te puedes perder esta nueva novela que te hará reír y emocionarte a la vez…

Hola me llamo Enzo y sí, soy un capullo. Un tipo al que le gusta controlar todo, que he vivido siempre en la ciudad, rodeado de proyectos, de dinero y que me permito el lujo de pensar, que todo se compra, incluso la naturaleza, hasta que un día yendo a visitar unos terrenos en los Pirineos, me caigo por un barranco... Y eso que parecía un accidente cualquiera, cambió mi vida para siempre, porque me rescató Luna, una guarda forestal joven, atractiva, asertiva y con un genio de mil demonios, de la que me estoy enamorando perdidamente. Ahora estoy aquí, intentando entender qué hago en este rincón perdido del mundo, entre los secretos de la naturaleza y los que me esperan por parte de una mujer que dice ser mi novia, que me ama con locura y por supuesto que va a venir a rescatarme, para que nos casemos…

ÍNDICE

SINOPSIS

ÍNDICE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS
MIS OTRAS NOVELAS
MIS REDES SOCIALES

NOTA DE LA AUTORA

Aunque la historia transcurre en un paraje descrito como los Pirineos, quiero aclarar que tanto el pueblo, como el paisaje donde se desarrolla la acción son completamente ficticios. Si bien me he inspirado en la belleza y majestuosidad de esta cadena montañosa, el lugar, los nombres y las circunstancias descritas son fruto de mi imaginación. Esta novela es una obra de ficción destinada a entretener y no pretende reflejar con exactitud la realidad geográfica o administrativa de la región.

«Si pudiéramos ver el milagro de una sola flor, nuestra vida entera cambiaría»

Buda

CAPÍTULO 1

EL ENCUENTRO

La nieve crujía bajo las botas de Luna, mientras avanzaba entre los árboles. Lola, su inseparable compañera, saltaba de un lado a otro, feliz, olisqueando las ramas de los pinos que habían caído al suelo, y trayendo a Luna algunas piñas, para que se las lanzara y jugara con ella. El aire helado sonrosaba las mejillas de la mujer, pero a ella no le molestaba; amaba aquella sensación de libertad, ese silencio puro que solo los Pirineos podían ofrecer en pleno invierno. Ser guarda forestal no era un trabajo cualquiera, pero para ella era el único posible. La montaña era su hogar y la nieve, su patio de recreo.

El ladrido repentino de Lola la sacó de sus ensoñaciones. La perra se quedó quieta, las patas firmes y el rabo tieso, mirando hacia un barranco cercano. Luna frunció el ceño, deteniéndose.

—¿Qué pasa ahora, Lola? —preguntó, la chica, aunque ya estaba acostumbrada a los instintos de su perra, una *golden retriever*, maravillosa. Cuando se acercó al borde del barranco, lo vio. Era un hombre, medio cubierto de nieve, con la ropa hecha un desastre y un rastro de sangre fresca en la sien. Tenía el brazo derecho colgando en un ángulo extraño, como si estuviera roto, pero sus ojos, aunque estaban algo entornados, seguían abiertos.

—¡Eh, tú! —gritó Luna, intentando captar su atención. El hombre movió ligeramente la cabeza, y un sonido apenas audible salió de su garganta. Luna tragó saliva; no podía dejarle ahí.

—Por favor… —susurró. El sonido que había salido de su garganta era ronco, y estaba muy debilitado.

—¡Lola, a la cabaña! ¡Trae cuerda y el trineo! ¡*Yaaaa*! —ordenó a su perrita. Lola salió disparada, mientras Luna se aseguraba de que la nieve bajo sus pies no cediera. El corazón le latía a mil por hora…

—Ayúdame… —insistió el hombre con un hilo de voz.

—Escucha, ¿puedes oírme? —dijo, alzando la voz, para que el hombre reaccionara. El viento arreciaba.

—Sí —murmuró él, con voz débil, pero clara.

—Eso está muy bien, tío… ¿Cómo te llamas? —preguntó Luna, mientras evaluaba la distancia para bajar.

—Enzo… —respondió él, cerrando los ojos un instante y abriéndolos después en lo que parecía un gran esfuerzo.

—Vale, Enzo, no te muevas mucho. Estás en un sitio jodido, pero voy a sacarte de aquí, ¿puedes mover algo más, además de la lengua? —Enzo soltó una especie de risa ahogada. Luna sabía que en las peores situaciones había que sacar una sonrisa a las víctimas de la montaña, si aquello era posible.

—Izquierda, bien. Derecha… rota. —«Vale», pensó Luna. No era el brazo, era la mano.

En ese momento Lola regresó con el trineo y las cuerdas, así pues, la chica sintió un alivio inmenso.

—Perfecto, con una mano nos podremos apañar, será suficiente. —Luna sonrió, mientras ataba las cuerdas a un árbol cercano y comenzaba a descender. En cuanto llegó a su lado, la muchacha se arrodilló, evaluando rápidamente el estado de Enzo.

—Esto no parece un accidente cualquiera, tío. ¿Qué hacías aquí? —Enzo negó con la cabeza, apretando los dientes por el dolor.

—Historia larga… Luego.

—Genial, porque ahora estamos un poco ocupados. —Luna sacó su machete y cortó algunas ramas que bloqueaban el movimiento del hombre—. Voy a pasarte la cuerda bajo los brazos. Ayúdame con la mano izquierda, ¿vale?

Con mucho esfuerzo, Enzo colaboró, moviendo su brazo izquierdo para facilitarle el trabajo.

—Oye, no está mal para alguien que parece haber luchado con un oso.

—Yo diría que gané. —Enzo intentó sonreír, aunque el dolor le parecía insoportable y le producía náuseas. Ahora venía el trabajo de subirle. Luna era una mujer fuerte y musculada… El hombre le doblaba en estatura, pero iba a sacarle de aquel barranco, aunque no hiciera otra cosa en su vida. Así que subió nuevamente, y comenzó a tirar de la cuerda dándole indicaciones precisas para que Enzo pudiera ascender, aunque solo se pudiera ayudar de su mano izquierda. Las piernas estaban bien, lo único que le preocupaba era aquel golpe tan grande en la cabeza.

—Esto te va a doler un poco.

—No importa… Tira —murmuró Enzo. Con mucho esfuerzo logró sacarlo del barranco y colocarlo sobre la nieve. Se tomó un momento para recuperar el aliento, antes de empezar a colocarlo en el trineo. Lola ayudó tirando de la ropa de Enzo tal y como le indicaba Luna. Casi sin aliento empezó a arrastrar el trineo hacia la cabaña.

CAPÍTULO 2

LA CABAÑA

Luna tiró del trineo con todas sus fuerzas, jadeando por el esfuerzo. Enzo era un hombre corpulento, musculoso, pero en aquel momento constituía una desventaja muy grande por el peso… Un peso muerto, un saco de patatas que tenía que arrastrar. La cabaña estaba cerca, pero cada metro que recorría parecía un kilómetro, cuando el frío, la ventisca y la tensión de la mujer se combinaban. Enzo había empezado a murmurar cosas incoherentes y su cuerpo parecía más pesado que hacía un momento.

—No me hagas esto ahora, Enzo. Aguanta un poco más —gruñó más para sí misma, que para él.

Cuando finalmente llegó a la puerta, soltó un suspiro de alivio. Lola, fiel a su lado, movía la cola nerviosamente, como si entendiera la gravedad de la situación. Abrió dando una patada de karate y arrastró el trineo dentro, dejando un rastro de nieve en el suelo de madera. «Bien, Luna. Ahora viene lo realmente chungo», pensó, mientras colocaba al hombre sobre la alfombra, junto al fuego. El calor de la chimenea comenzó a caldear toda la estancia, sin embargo, Enzo seguía inmóvil. La chica se arrodilló junto a él y le sacudió con mucha suavidad.

—Enzo, mírame… ¿Puedes oírme? —preguntó.

—Frío.

—Perfecto. No te preocupes, cariño, mamá Luna te va a curar. —Sin perder más tiempo corrió hasta el armario que había en el pasillo, justo al lado de la cocina y sacó el botiquín de primeros auxilios. Le pidió a Lola que le ayudara con las toallas y las mantas que tenía guardadas en bolsas, de manera que la perra pilló con el hocico las asas y las llevó corriendo hasta el salón. Luna cogió las tijeras del botiquín y cuando las metió entre sus dedos, empezó a cortar la parka que estaba empapada. No era de gran calidad, para aquellas latitudes. Siguió con la sudadera y la camiseta térmica.

Tenía ropa de cuando venía su padre a visitarla, pero aquel hombre, aunque era igual de alto, era como un armario ropero en comparación con su padre. Ya pensaría en otro momento cómo taparle. Ahora al tacto, comprobó que efectivamente era la mano derecha la que estaba rota, como él pensaba, y además presentaba una inflamación evidente. El golpe que había recibido en la cabeza podría haber sido fortuito o no… En cuanto a la marca del cuello, prefería no pensar en este momento. Sacudió la cabeza para apartar las teorías más peregrinas que se le pasaban por la imaginación y comenzó a trabajar en la mano.

—¡*Guauuuu*! —exclamó la perra.

—Lola necesito más tablillas de las que hay en el armario y también más toallas. Las de siempre, nada de traerte tus calcetines favoritos, anda ¡corre! —La perra salió disparada, mientras Luna se volvió a concentrar en el hombre. Acercó su boca al oído y le susurró:

—No te preocupes, estoy aquí. No soy médico, pero soy lo mejor que te va a pasar hoy, te lo aseguro.

Con la toalla que Lola trajo, le limpió la sangre de la sien, le aplicó un buen desinfectante

y le colocó además una manta encima del torso… Siempre le hablaba en voz baja para mantener el ambiente relajado.

—*Mmmm*…

—¿Ves? Esto va mejorando. Un poquito de calor, un poquito de agua, y ya casi estamos listos para pedir una pizza.

Al intentar entablillar la mano rota, vio cómo él entreabría los ojos de nuevo. Su mirada estaba desenfocada, perdida… Volvió a gruñir a lo que Luna contestó:

—Oye, campeón, ¿puedes repetirme tu nombre? Dame una pista, cariño.

—*Em*…

—Vale, «Eme», lo que tú digas. Creo que me dijiste Enzo.

—Emma.

—¿Emma? No te preocupes por nada, ¿eh? Aquí la que manda soy yo. —Con gran esfuerzo terminó de entablillar la mano, y se levantó para buscar una botella de agua a la cocina. Miró por la ventana, donde la nieve seguía cayendo con una intensidad que daba miedo. El nombre de mujer que pronunció podría corresponder perfectamente a su novia, o a su mujer. Sintió una punzadilla de algo que no supo explicar muy bien. O quizá era que el tío era un bombón, porque obviamente tenía ojos en la cara y que ya estuviera ocupado daba un poquillo de rabia…

Cuando volvió con el agua, también pilló el tensiómetro y una linterna.

—Venga, cariño, vamos a ver si tu motor sigue funcionando o si me toca hacer milagros. —Colocó el brazalete en el brazo sano y esperó unos segundos a que el aparato comenzara a medir la presión sanguínea. Con la linterna enfocó cada una de las pupilas. La derecha no reaccionó mucho…

—Por… Favor. —susurró Enzo.

—Sé que te molesta. No tardaré ni un segundito. Tienes ciento seis de máxima y setenta de mínima, vale no eres Superman, pero tampoco estás a punto de…

—¡Guau! —ladró Lola, que hasta entonces había estado apoyando el hocico en las piernas de Enzo.

—Vale, no digo nada, Lola, pero la pupila derecha está un poco vaga. —Le revisó el otro ojo, que al menos pareció responder un poco mejor. Quizá tuviera una pequeña conmoción cerebral. Por fin le tomó la temperatura. Cuando el aparato vibró y vio lo que marcaba, volvió a hablar, después del aullido lastimero de Lola.

—¡*Auuuuuu*!

—Treinta y cinco grados. Frío de narices. No me fastidies, cariño, que esto ya no es hipotermia, es que te estás convirtiendo en un polo de fresa. —Se levantó y comenzó a pensar a toda velocidad «a ver Luna, tienes un tipo medio muerto en el suelo, no tienes cobertura, ni wifi y viene una tormenta que parece sacada de una peli de terror y catástrofes, pero tú puedes con

esto» …

Se pasó las manos por la cara, sintiendo el sudor frío en la frente. Tenía que pensar en algo más, además de hidratarle. Se acordó de lo que tenía que hacer en caso de hipotermia: aplicar calor progresivo, no demasiado rápido, colocar mantas, controlar la chimenea… Contacto corporal si la cosa se ponía fea.

Respiró hondo y apoyó la cabeza contra el armario. Estaba haciendo todo lo que humanamente podía y sabía.

La perra seguía ladrando…

—¡Guau!

—Lola, para ya. No puedo pensar. —Se dio un manotazo en la cabeza. Su mente rebobinó hacia algo que su profesor de primeros auxilios siempre decía: «Lo más importante en un rescate es el rescatador. Si se pierde la calma, se pierde el control. Y si se pierde el control, se pierde al paciente».

Lola apareció en la puerta de la cocina, lloriqueando y ladrando de nuevo.

—¡Guau!

—Lo sé, mi niña. Esto da miedo. Pero vamos a sacarlo adelante. Tú y yo. Como siempre. — Luna se arrodilló nuevamente junto a Enzo. Primero volvió a revisar la respiración y el pulso. Ambos eran débiles, pero constantes. Eso suponía un gran alivio. El riesgo de paro cardíaco por la hipotermia siempre estaba ahí, así que no podía quedarse paralizada. Como tenía conmoción cerebral debía evitar los movimientos bruscos y controlar los síntomas. Volvió a comprobar las pupilas. La izquierda seguía algo perezosa, pero no había una dilatación extrema. Eso era una buena señal, aunque no era definitiva.

La temperatura corporal seguía siendo preocupantemente baja, así que Luna sabía lo que venía a continuación. Echó más leños a la chimenea. Sopló con el fuelle y avivó las llamas. Y ahora empezó a desnudarse.

Se quedó en pelota picada, le quitó las botas y los calcetines que estaban secos, los pantalones y los calzoncillos salieron volando y se metió dentro del nido que había preparado para él, al lado del fuego.

Se abrazó con cuidado al hombre que yacía bocarriba, y sintió un leve gruñido de satisfacción de Enzo.

Tuvo que aguantarse la risa, porque después de todo, aquella situación era un poco *sui generis*, para su gusto. Llevaba más de tres años sin tocar a un hombre, ni tan siquiera con un palito y ahora sin comerlo ni beberlo estaba dando calor a un cañonazo de tío en cueros…

Lola, como siempre, se unió al equipo, acomodándose junto a Enzo para sumar su calor.

—Vas a salir de esta, ¿me oyes, cariño? Pero te advierto una cosa, Enzo: si sobrevives, me debes una cena… Y que sea buena, nada de comida rápida.

El cuerpo de él seguía frío, pero el contacto comenzaba a hacer efecto. Luna sentía cómo su propia respiración se acompasaba al ritmo de la del hombre a pesar de la tormenta de nieve

que golpeaba las ventanas. Se juró a sí misma que iba a sacar adelante a ese hombre como fuera.

CAPÍTULO 3

EL DESPERTAR

Algo cálido y pesado descansaba sobre la curva de su espalda. Luna tardó unos segundos en registrar lo que estaba ocurriendo, sumida como estaba, en ese limbo entre el sueño y la vigilia. Sintió cómo unos dedos se movían lentamente, dibujando pequeños círculos sobre su piel desnuda.

Su primer impulso fue decir «más, porfi», pero tenía el cerebro embotado por el sueño, con lo que no terminaba de procesar lo que estaba ocurriendo.

De repente, abrió los ojos de golpe, giró la cabeza y… Ahí estaba. Enzo. Medio incorporado, envuelto en una manta como si fuera una croqueta humana, con la mano sana descansando tranquilamente sobre el culo de Luna.

—Qué… ¿Qué estás haciendo? —farfulló, con el corazón latiendo a toda velocidad.

—Tienes frío —murmuró, como si aquello fuera la explicación más lógica del mundo. La voz profunda de Enzo, le proporcionó más escalofríos de los que ya estaba sintiendo.

—¿En el culo?

—No te lo estaba sobando. Solo trataba de taparte, buenos días, por cierto, o eso creo. —El hombre frunció el ceño, miró su mano, como si fuera un objeto extraño a su voluntad.

—¿Estás bien? —preguntó Luna con cautela, intentando no sonar alarmada. Enzo ladeó la cabeza, como si evaluara su propio estado.

—Eso depende, ¿estoy muerto? —Luna no pudo evitar sonreír. Seguía sin taparse.

—Si lo estuvieras, no estarías acariciándome como si fuera un gato persa. —Él frunció el ceño, parpadeando lentamente. Luego miró su mano y la retiró de inmediato, como si acabara de darse cuenta de lo que hacía.

—Lo siento mucho. No sé dónde me encuentro, no sé … —Se pasó la mano izquierda por el pelo, despeinándolo aún más y dejó escapar un suspiro largo y profundo—. Me he despertado aquí, sin ropa, con una pierna entumecida, una mano rota, que duele como el demonio, he pensado que era una pesadilla.

—Una pesadilla sería que siguieras ahí fuera en la nieve con los lobos y los jabalíes. Esto es un mal despertar, que no es lo mismo.

—No está nada mal, para ser una pesadilla —murmuró, mirándola con una media sonrisa, mientras que sus ojos descendían por la sábana que apenas cubría el cuerpo de Luna.

—Ni lo intentes, Romeo —cortó Luna, señalándole con el dedo, antes de levantarse. Entre la sonrisa y la mirada cautivadora, la chica no sabía qué hacer, si cortarse las venas o dejárselas largas. Enzo se dejó caer despacito otra vez a la alfombra, soltando un suspiro exagerado.

—¿Sabes? Te agradezco que me hayas salvado, aunque tengas un carácter de mierda que… —Dejó la frase flotando en el aire, mientras hacía un gesto vago e indeciso con la mano.

—Un carácter que te ha mantenido vivo. Ahora cállate y déjame pensar qué hago contigo.

—Luna se dirigió a la cocina con pasos decididos. Lola seguía durmiendo en su colchoneta, sin haberse percatado de que el hombre que habían rescatado había despertado y tenía pinta de tener un carácter un tanto desconcertante…

—¿Cómo que qué vas a hacer conmigo? —Le escuchó decir desde la cocina.

—A ver, cariño, te he hidratado, te he subido la temperatura y me he asegurado de que no te durmieras demasiado por la conmoción. Básicamente soy tu heroína personal. —Luna se asomó por el umbral de la puerta mientras le soltaba todo lo que había estado haciendo aquella noche por él.

—¿Heroína y calefacción humana? —preguntó él con aquella sonrisa resplandeciente que la dejaba atontada. Se le veía claramente agotado, pero por lo que podía comprobar parecía que era un tío con un sentido del humor y una positividad que no sabía si le encantaba o le daban ganas de aullar.

—Sí, y por un tiempo limitado. No te acostumbres. —Enzo la miró fijamente durante unos segundos, con algo más de claridad en los ojos.

—Gracias, de verdad. No sé quién eres ni qué hago aquí, pero gracias. —Luna notó un pequeño nudo en la garganta. Había algo en su tono, en su expresión vulnerable, que estaba desarmando todas sus barreras.

—De nada. —Se escondió nuevamente en la cocina, intentando ordenar todos sus pensamientos. Tendría que comenzar a comportarse de la forma más profesional posible, porque aquel hombre empezaba a ocupar más espacio en su cabeza del que estaba dispuesta a admitir.

CAPÍTULO 4

MOMENTOS INCÓMODOS

Luna dejó la cafetera sobre la bandeja de la encimera. No sabía si era por la tormenta, por el cansancio o por lo que estaba viviendo desde hacía unas horas, pero sentía que su cabeza era como una maraña de cables enredados. Miró nuevamente por la pequeña ventana. Afuera, la nieve seguía cayendo con furia, como si el temporal quisiera enterrarlos vivos. Por dentro, una batalla similar se libraba entre su sentido común y las mariposas que volaban por su estómago. Era algo que no quería admitir. Ella se había ido a vivir a aquel paraje, porque le gustaba la soledad. Su padre venía a visitarla en primavera, cuando el tiempo era mejor, a quedarse con Lola, mientras ella trabajaba, realizando los controles relativos a la caza y a la pesca, participando en labores de prevención y extinción de incendios, patrullando con los compañeros…

«A ver, Luna, es un desconocido, uno que está buenísimo, vale, pero sigue siendo un desconocido… Podría ser un asesino, aunque también podría ser un modelo de calzoncillos», caviló para sus adentros. Sacudió la cabeza, negándose a seguir por esa línea de pensamiento… «Profesionalidad, ¿recuerdas? Profesionalidad». Respiró hondo y trató de centrarse en los hechos: La fiebre estaba bajo control, la hipotermia había sido superada, y la mano estaba inmovilizada a la perfección. Ahora solo quedaba seguir vigilando su estado hasta que la tormenta cesara, y esperar a que se acordara de algo más útil que «tengo frío», o «me duele la cabeza».

El sonido de un leve carraspeo la sacó de su ensimismamiento. Se giró y vio a Enzo apoyado torpemente en el marco de la puerta, envuelto en una manta que apenas cubría «lo básico».

—¿Qué haces aquí? —girándose bruscamente.

—Lo siento… —murmuró, claramente incómodo—. Creo que necesito, ya sabes… Ir al baño.

—Ah. —Luna parpadeó, tratando de procesar la petición. Miró de reojo a Lola, que levantó las orejas desde su rincón, como si también estuviera intrigada por cómo iba a manejar aquello, Luna.

—No puedo hacerlo solo… —añadió Enzo, con el rostro completamente rojo, por la vergüenza—. Mi mano.

—Claro, porque la vida no podía ponérmelo fácil ni un solo minuto. —Enzo apartó la mirada, visiblemente mortificado.

—De verdad, lo siento. Esto es… Humillante.

—Vale, tranquilo. —Luna se acercó y le ayudó para que se apoyara en ella—. He hecho cosas peores.

—¿Peores que esto? —preguntó Enzo, con una mezcla de curiosidad y de horror.

—¿Te acuerdas de quién eres? —preguntó Luna, añadiendo una nota de ironía a la conversación. Él negó con la cabeza.

—Ni idea.

—Entonces no puedo contarte mis peores historias. —Con pasos torpes, lograron llegar hasta el baño. Luna le quitó la manta y le ayudó a sentarse en la taza del váter, asegurándose de que estuviera estable, antes de soltarle.

—Perfecto —añadió él, intentando ignorar su propia desnudez.

—Vale, me quedaré fuera. Grita si necesitas algo. Bueno, no literalmente, que no quiero alarmar al vecindario. —Enzo rio, de manera nerviosa, y asintió. Luna cerró la puerta a medias y se apoyó contra la pared, llevándose las manos al pecho. Aquel tío de ojos azules estaba para mojar pan y más… Lola se acercó, sentándose a su lado, moviendo el rabo lentamente.

—¡Guau!

—¿Y tú qué miras? —le preguntó a la perra, que ladeó la cabeza como si esperara algo de Luna. Pasaron unos pocos minutos, antes de que oyera la voz de Enzo desde el otro lado. Acababa de tirar de la cadena.

—Luna…

—¿Sí?

—Creo que… He terminado, pero no sé cómo… Ya sabes… Limpiarme. —Luna miró a Lola.

—¿Ves? Por eso prefiero vivir contigo. Tú lo haces todo al aire libre y no pides asistencia técnica. —Lola bostezó a modo de respuesta. Luna regresó al baño, con las mangas arremangadas.

—Gracias, de verdad. —Se adelantó Enzo a decirle a Luna.

—Mira, cariño, esto no lo contaremos nunca, ¿vale? Ni a tus amigos, ni a los míos, ni a nadie. Esto quedará entre nosotros y ella. —Señaló a Lola, que estaba asomando el hocico por la puerta entreabierta.

—Gracias —repitió nuevamente.

—Déjalo. —Volvió a tirar de la cadena. Lavó sus manos y las de Enzo. Sin pensárselo dos veces, le arreó un beso en los morros, que les hizo gemir a los dos…

CAPÍTULO 5

INTERROGATORIO CON CAFÉ Y PERRA INCLUIDA

Luna había vuelto a la cocina después de dejar a Enzo envuelto nuevamente en la manta, pero esta vez sentado en una silla delante de la mesa. Había pillado una bandeja en la que había colocado un par de tazas, la cafetera, una lechera, el azucarero, y cuatro o cinco tostadas de pan para untar mermelada y mantequilla. Se le había acabado el tomate y tampoco tenía huevos en la nevera, así que Enzo tendría que apañarse con un desayuno continental. Cuando depositó la bandeja en la mesa, se sentó frente a él. Ahora parecía más despierto, aunque tuviera la expresión de agotamiento por haber peleado contra la tormenta…

—¡Aquí tienes! Desayuno para los campeones. Sin lujos, pero oye, el pan tiene muy buena pinta…

—Gracias. —Enzo cogió la taza con su mano izquierda y murmuró—. Aunque no me vendría mal un *croissant*.

Luna arqueó una ceja, cortando con la mano un trozo de su tostada.

—Claro, y a mí no me vendría mal un *jacuzzi* en el baño, pero ya ves… Hazte a la idea: esto no es un *resort*. —Él dejó escapar una leve risa, relajándose un poco, mientras sorbía el café que le había preparado Luna. Lola se acercó hasta sus pies, curiosa, moviendo la cola con entusiasmo. Enzo dejó la taza en la mesa, y bajó la mano para acariciarla. La perra le lamió los dedos.

—Hola, preciosa —murmuró, rascándole detrás de las orejas—. ¿Cómo te llamas?

—Lola. —Luna le observó con atención, casi como si estuviera tomando notas mentales de sus ojos, de su nariz, su boca carnosa—. Le gustas, ya está claro. Pero no te vayas a emocionar porque es una vendida: le haces una caricia y ya se piensa que eres el amor de su vida.

—Lola, ¿eh? —dijo él, con una sonrisa demoledora. Luna todavía podía sentir en sus labios el tacto de la boca de aquel tío.

—Sí, y tú sigues aquí, gracias a ella. Es lista como un demonio y es la que corrió a por las cuerdas para sacarte del barranco. —El gesto de Enzo cambió de inmediato. Dejó el trozo de tostada a medio camino entre la mesa y su boca.

—¿Un barranco? —Luna asintió, su mirada ahora reflejaba más seriedad que nunca.

—Estabas metido hasta el cuello en la nieve. A punto de convertirte en un polo de fresa. No sé cuánto tiempo llevarías allí, pero tuviste suerte de no acabar congelado. —De repente, su cabeza hizo «click», frunció el ceño, y comenzó a procesar la información. Aunque no dijo nada, recordaba perfectamente lo que había ocurrido: las fotos que había sacado del terreno, el viento traicionero, el paso en falso que lo había enviado al vacío. Y, claro, Emma. Su querida «socia».

—¿Iba solo? —Ahora sí, pegó un buen bocado a la tostada y masticó lentamente.

—Eso parece. —Luna le observó con cautela, como si intentara descifrar el gesto de aquella cara tan hermosa—. No vi a nadie más, ni mochilas, ni equipo, nada.

—¿Y mi móvil?

—Si lo llevabas, seguirá allí abajo.

—Lo llevaba en una funda aislante, colgado del cuello. —La respuesta salió demasiado rápida y Luna lo notó.

—¿Ah, *siiií*? ¡Qué memoria tan prodigiosa para alguien que no recuerda cómo acabó en un barranco!

—A veces me vienen *flashes* de imágenes, de situaciones... —Luna no insistió, pero tomó nota mental de aquello.

—¿Qué hacías en medio de la montaña con este temporal? —preguntó la chica. Dio un buen sorbo a su taza de café.

—No lo sé. —Enzo alzó los hombros con aparente desconcierto. Era mentira, claro. Había subido allí para sacar las últimas fotos del terreno que había recalificado el ayuntamiento. Terrenos que pronto dejarían de ser un paraje natural, para convertirse en un *resort* de invierno, de lujo. Pero eso no iba a decírselo a ella, por ahora.

—Bueno, pues espero que no fueras tan idiota como para estar sacándote un selfi. —Luna se limpió la boca con la servilleta—. Si me entero de que te caíste intentando subir la foto al Insta, no pienso perdonártelo.

—No soy tan gilipollas. —La ironía de aquella frase le arrancó una sonrisa. Emma, por otro lado, sí que habría hecho algo así, aunque solo para publicarlo con un pie de foto cursi tipo «trabajando con vistas».

—Por cierto, mencionaste una palabra, tal vez un nombre, anoche —dijo Luna de pronto, apoyando la espalda contra el respaldo de la silla—. Algo como «Emma». —El cuerpo de Enzo se tensó, y la mano inmovilizada le dio un pinchazo de los gordos.

—¿Emma?

—Sí. Estabas medio inconsciente y lo repetiste un par de veces.

—Es… Mi socia. —La palabra salió de su boca, cargada de rencor. Enzo apoyó la frente en su mano buena—. Técnicamente, también es mi novia.

Luna dejó escapar una risa totalmente forzada.

—Eso explica mucho.

—No sabes, cuánto. —Él levantó la mirada encontrándose con los ojos color café de Luna —. No sé cómo explicarlo, pero estar aquí, aunque no recuerde mucho, ya me parece mejor que cualquier cosa con Emma.

Luna sintió un calor extraño subiéndole por el pecho, y a las jodidas mariposas revoloteando de nuevo en su estómago. Lo disimuló dando un buen trago al café.

—¡Vaya! ¡Un cumplido! Debería sentirme halagada.

—No es un cumplido, es un hecho. —El silencio entre ellos se llenó con el crujido del fuego que había avivado Luna y los movimientos de Lola, que volvió a acurrucarse junto a Enzo. Luna le observó por un momento, intrigada. Había algo en su mirada que no le cuadraba en

absoluto, pero decidió no presionarle más. De momento.

—Bueno, veamos cómo estás. Después del desayuno, te haré una nueva revisión. —La chispa de humor aún seguía flotando entre ellos, pero el misterio iba en aumento. Cuando terminara, miraría la estación meteorológica que había detrás de la casa, y además haría una llamada al pueblo con la radio, porque Internet seguía sin funcionar.

CAPÍTULO 6

ENTRE CHISMORREOS Y SECRETOS

La caseta estaba hecha un desastre, como si la tormenta hubiera decidido ensañarse solo con ella. Luna empujó la puerta con su hombro, soltando un gruñido.

—Joder, ¡qué manía tiene esta mierda de congelarse siempre! —farfulló, después de entrar y cerrar de un portazo. Se sacudió los copos de nieve del pelo y de la parka y pegó un par de golpes contra el suelo, para quitarse el hielo de las suelas de las botas. Inspeccionó el interior. Todo seguía igual de cutre: la silla plegable coja, la emisora en su estantería y un bote de café instantáneo en una silla, que llevaba ahí más años que ella en el monte. Tomó la emisora, se dejó caer en la silla, la encendió y ajustó el dial hasta dar con Luigi.

—Luigi, aquí Luna, ¿me recibes?

—¡Hombre, niña! ¿Qué haces tú conectándote a estas horas? —La voz cascada de Luigi sonó como siempre, cargada de ese cariño de tío adoptivo que se había ganado a pulso.

—Pues nada, aquí pasando el día en el *spa*, ya sabes. —Puso los ojos en blanco, aunque sabía que él no podía verla—. Se ha ido el wifi y la cobertura. Necesito saber qué cojones está pasando ahí fuera, porque de momento no puedo bajar con la ventisca. —Luigi soltó una risotada.

—Lo de siempre: tejados volando, árboles tirados en el suelo, el bar cerrado… Vamos, un drama. Pero te cuento algo interesante: ha desaparecido un chaval joven, empresario de esos con pasta. Lo están buscando por la zona con helicópteros y toda la pesca… —Luna se quedó inmóvil.

—¿Empresario?

—Sí, uno de esos que sale en las revistas con coches caros y novias histéricas. —Luigi chasqueó la lengua, como si eso le ofendiera concretamente a él—. La chica salió ayer en los telediarios hecha una fiera. Montó un pedazo de pollo. Menudo cuadro. —Luna parpadeó un par de veces, intentando procesar la información… ¿Novia histérica? «Emma», pensó.

—¿Y cómo se perdió?

—Dicen que estaba por la zona cuando empezó el temporal, pero no han dado más detalles. Vamos, que le buscan más por hacer ruido, que porque puedan encontrar algo con este tiempo. —Luna se mordió el labio, asimilando la crudeza con la que Luigi hablaba. En realidad, Enzo había tenido más suerte que si fuera listo… Intentó que su voz sonara despreocupada, así que cambió de tema.

—Y tú, ¿qué? ¿Se te ha volado alguna teja?

—¡Me cago en la tormenta, niña! Anoche casi me mato arreglando el tejado. —Luigi suspiró teatralmente, y Luna casi pudo imaginarlo con una mano en la cadera, como una *drama queen* profesional—. Pero oye, parece que el viento está aflojando. Con suerte, mañana este infierno blanco se retira.

—¿Seguro? Porque como sigas subiéndote al tejado, vas a necesitar una escalera para

bajarte al bar.

—¡Qué graciosa! —Luigi rio otra vez, pero luego bajó el tono—¿Y tú? ¿Estás bien?

—Yo siempre estoy bien, Luigi. Ya sabes que soy más dura que los cuernos de las cabras que triscan por aquí.

—Eso me lo dices ahora, pero mañana cuando se retire el temporal, quiero verte, no te hagas la lista y píllate la motonieve si es que no retiran antes con las máquinas y la sal el infierno blanco. —Luna se despidió de Luigi y apagó la emisora. Se quedó un momento en silencio, mientras masticaba y tragaba cada una de las palabras de su amigo…

«Desaparecido, empresario… Emma histérica en los telediarios».

No sabía qué coño andaba escondiendo Enzo, mientras volvía a abrir la puerta de la caseta. La ventisca la recibió de lleno, pero ni el frío la distrajo de sus sospechas.

Algo no cuadraba y tenía la sensación de que aquel hombre sabía más de lo que estaba dispuesto a contarle.

Luna apenas conocía a Enzo, pero algo le decía que aquella relación no era precisamente un cuento de hadas.

Se abrochó el abrigo y se colocó bien la capucha. Tenía que volver a la cabaña y seguir descifrando el enigma que suponía aquel hombre que la atraía como la luz a las polillas.

Le buscaría ropa, y le bajaría al pueblo al día siguiente, si limpiaban el camino, para que su gente supiera que estaba bien…

CAPÍTULO 7

ROPA PRESTADA Y MIRADAS ROBADAS

Luna entró en la pequeña habitación donde guardaba cosas viejas, entre ellas una caja enorme con ropa de su padre. Hacía años que no la abría, pero recordaba perfectamente que allí había jerséis, pantalones y hasta una chaqueta de esquí, de cuando él estaba más «rechoncho», como decía su madre con cariño, antes de que se divorciaran… «Has tenido suerte, tío, de que mi padre pasara por su fase de gordito, si no te ibas a pasar unos días en pelotas, hasta que pudiera bajar al pueblo», pensó Luna.

Sacó un jersey azul oscuro de lana gruesa, un pantalón de montaña, unos calzoncillos térmicos, unos calcetines de lana y una parka… Cuando volvió al salón, Enzo estaba sentado en el sofá que había frente a la chimenea, con la manta cubriéndole la cintura, tratando de no moverse demasiado. Luna sintió un rubor que ascendía por su cuello hasta la cara, y los malditos pezones duros como guijarros del camino.

«Madre mía, ¿este tío es un empresario o un modelo de revista?», pensó y rápidamente se obligó a apartar la mirada no fuera que la pillara con cara de tontita.

—Te he traído ropa de mi padre. —Se agachó para dejar las prendas en una mesita auxiliar que había a su lado—. En su día tenía el cuerpo más «robusto», pero creo que te servirá.

—Gracias, prometo no romperla además, no te puedo garantizar que me quede tan bien como a él. —Sonrió desarmándola una vez más.

—Dudo que a mi padre le quedara así de bien. —Dejó caer el comentario sin pensar, por lo que se arrepintió al instante. Enzo no dejó pasar la oportunidad, así que dijo:

—¿Así de bien? —Enarcó una ceja, divertido.

—¡Cállate y ponte esto antes de que me arrepienta de haberte rescatado! —Luna se giró rápidamente hacia la chimenea, fingiendo estar muy interesada en avivar el fuego, pensando que él se vestiría…

—Luna, esto… Necesito ayuda. —Era verdad. Así que, tragando como dos litros y medio de saliva, ayudó a Enzo a colocarse el jersey, los calzoncillos, los calcetines y los pantalones. La mujer se dio cuenta de que apenas podía abrochar la cremallera, porque Enzo se había puesto durísimo.

—¡Ya está! —exclamó Luna, nerviosísima.

—Lo siento, Luna, perdona, es que no soy de piedra, y esta tiene vida propia —dijo señalándose la entrepierna. La chica prefirió cambiar de tema. Se fue corriendo a la cocina a calentar un guiso de carne que había preparado hacía unos días.

Miró el reloj, eran las dos de la tarde. El viento ya no soplaba y había dejado de nevar. Llevó los platos a la mesa y comenzaron a comer en silencio. Luna apenas probó bocado, e intentaba distraerse acariciando a Lola, que no se separaba de su lado. Enzo se terminó el plato con ganas… De repente apoyó los cubiertos sobre la mesa y dijo:

—Luna, tengo que pedirte un favor. —Ella le miró de reojo, como quien espera un

informe médico terrible.

—¿Otro? A este paso voy a tener que cobrarte.

—Es algo importante. —Enzo adoptó un tono más serio—. Necesito que busques mi móvil. Lo llevaba en una bolsa térmica colgada del cuello. Si sigue allí, podría estar cerca del barranco donde me encontraste. —Luna se cruzó de brazos, pensando en lo que le estaba pidiendo.

—¿Y eso?

—Es más que un móvil. —La mirada de Enzo tenía un matiz que la chica no supo descifrar del todo—. Hay información importante en él. Fotos, documentos…

—¿Y no utilizas una nube para subir los documentos y que no se pierdan?

—No. —Ella suspiró, dejando caer los hombros.

—Mira, no me gusta dejarte solo, y encima tengo que llevarme a Lola. Pero… Vale, lo haré. Eso sí, te aviso, como esté enterrado bajo un metro de nieve, no pienso ponerme a cavar.

—Gracias. De verdad, y de corazón. —Enzo sonrió con alivio.

Ella no respondió, pero mientras se preparaba para salir, se dijo a sí misma: «Más te vale que haya algo realmente importante en ese cacharro, o te tiraré en el próximo barranco que vea».

CAPÍTULO 8

EL CAMINO AL BARRANCO

Luna salió de la cabaña, equipada con su abrigo maravilloso, que soportaba temperaturas por debajo de los treinta y cinco grados bajo cero, sus botas de montaña, sus guantes y una pala ligera que siempre llevaba consigo. Lola llevaba en su arnés, una mochila equipada con un botiquín de primeros auxilios y un GPS de alta montaña que había depositado Luna. La perra siempre trotaba a su lado, encantada de tener una nueva aventura.

Había dejado solo a aquel tío porque el lugar donde lo encontró no estaba a más de cinco minutos andando desde la cabaña. Ya no nevaba, y todavía quedarían como dos horas de sol.

—Mira que somos gilipollas, Lola. Podríamos estar junto al fuego comiendo galletas, pero no, aquí nos hallamos, buscando el móvil de un empresario que ni siquiera sabe cómo tratarnos…

—¡Guau! —ladró la perra como si le diera la razón a Luna.

El camino, no obstante, era un poco complicado, porque la nieve había cubierto las marcas que había dejado al arrastrar a Enzo, pero Luna tenía memoria fotográfica para los detalles del terreno. Subió una pendiente resbaladiza, esquivó unas cuantas ramas caídas y llegó al borde del barranco, donde había encontrado al hombre semiinconsciente.

—Vale, ahora viene lo divertido, ¡busca, chica! —Luna le dio un calcetín de Enzo a Lola para que buscara, así pues, la perra empezó a olfatear con entusiasmo, moviendo la cola… La mujer revisaba con calma, siguiendo algunas de las marcas en la nieve, que aún eran visibles pese al viento que había soplado la noche anterior.

—¡Guau, guau! —Lola empezó a ladrar como una histérica, después de unos minutos de búsqueda… Corría hacia Luna y luego hacia el lugar que brillaba…

—¡Bingo! —exclamó Luna, mientras se acercaba y desenterraba una bolsa reflectante de la nieve, cuya cuerda brillaba como un diente de oro en la boca de un cerdo. Abrió la bolsa y ahí estaba el dichoso móvil.

—¡Guau!

—¡Lo encontramos! Seguro que este tío se cree que somos una mezcla de Indiana Jones y de Dora la Exploradora.

Luna guardó el móvil en su parka y emprendió el camino de vuelta que no le llevó más de diez minutos.

Cuando entró en la cabaña, Enzo levantó la vista y se incorporó con cuidado.

—¿Lo tienes? —preguntó ansioso. Luna sacó el móvil y lo lanzó suavemente hacia el sofá donde él se encontraba.

—Claro, tío. Ahora dime qué era tan importante lo que guardabas, porque casi me congelo el culo por esto. —Enzo sonrió de lado, algo incómodo.

—Gracias, de verdad.

—Sí, sí, no te pongas sentimental. Anda y mira a ver si funciona. —Se dejó caer en el otro asiento del sofá, junto a la chimenea, acariciando a Lola—. Y, por cierto, deberías darle las gracias a mi ayudante. Ella fue la que hizo casi todo el trabajo. —Lola se alzó sobre las patas traseras y lamió la cara de Enzo antes de que pudiera decir nada.

—¡Vale, vale, gracias, Lola! —Enzo rio, acariciando a la perra—. Creo que me he enamorado de tu dueña y de ti.

—Pues empieza por conquistarme con una ducha caliente y con un poco menos de misterio. —Luna se puso roja como un tomate, nada más escuchar las palabras que habían salido de su boca, y además tenía la cabeza como un bombo porque las preguntas se le seguían acumulando.

Sabía que había algo en ese móvil que iba a cambiarlo todo, pero aún no entendía el qué, ni cómo.

CAPÍTULO 9

EL DESCUBRIMIENTO

Enzo encendió el móvil que curiosamente se había apagado, y que tenía un cinco por ciento de batería, lo justo para comprobar si todavía podía acceder a sus datos. Había cobertura suficiente en aquel lugar, ya que las condiciones meteorológicas habían remitido hacia un tiempo más estable. Lo apoyó sobre sus piernas, concentrado y con la mano izquierda, gracias al cielo era zurdo, tecleó el pin de seguridad. La pantalla parpadeó antes de mostrar el menú principal, acto seguido, abrió el correo electrónico.

Allí estaba, en la carpeta de enviados… Con el pulso como para robar panderetas, seleccionó el último mensaje: el contrato firmado.

Por un momento, creyó que la pantalla le estaba engañando. Pero no. Había un archivo adjunto con su firma digital en el pie. Cerró los ojos y se dejó caer contra el respaldo del sofá.

—Mierda… —susurró, con un nudo en la garganta.

Lo recordaba todo: el maldito contrato que Emma había insistido en enviarle esa misma mañana después de ser desagradable con él hasta el infinito y más allá. Se pensaba que al final con el mensaje melifluo iba a cambiar de parecer… *«Firma, cariño. Así podremos adelantar las gestiones con el ayuntamiento»*. Su tono, cargado de una dulzura forzada, le había irritado más de lo habitual. Pero claro, Emma siempre tenía prisa. Prisa por amasar más dinero. Prisa por convertir lugares paradisiacos en *resorts*…

CAPÍTULO 10

EL DÍA DEL ACCIDENTE

Enzo se encontraba en lo alto de un cerro, contemplando el paisaje de los Pirineos desplegándose ante él como un cuadro perfecto. Tenía el móvil en su mano derecha, con una carpeta de fotos abierta en la pantalla. El viento frío le azotaba la cara. El lugar era sencillamente espectacular: una cadena de montañas cubierta de nieve, ríos helados serpenteando entre los valles y un cielo tan azul que dolía mirarlo. Recibió la llamada de Emma en ese mismo instante…

—¡Por fin contestas! —Emma ni siquiera esperó un segundo para que él hablara—. ¿Qué coño haces que no has firmado los papeles?

—Estoy observando los terrenos, Emma. —Enzo intentó mantener la calma, pero su voz sonaba con una nota de cansancio, que ella detectó al instante.

—¡Mirando los terrenos! ¿Pero qué necesidad tienes de eso? ¡Si ya está todo casi atado! ¡Solo falta tu firma! —Enzo se revolvió el pelo con la mano, intentando contenerse. Apretó los dientes, resistiéndose a la tentación de mandarla a la mierda, ahí mismo. Miró el contrato digital que había abierto en la pantalla. El título brillaba como una condena: *«Proyecto de Recalificación: Resort del Valle de la Estrella»*.

—¿Has visto este lugar? ¿Te has parado a pensar en lo que estás proponiendo? Aquí hay más belleza en un metro cuadrado, que en todo el maldito *resort* que quieres construir.

—¡Ay, por favor, Enzo! —La risa de Emma sonaba como un tenedor que se deslizara sobre un plato limpio—. No me vengas con discursitos de ecologista barato. Esos árboles no pagan las facturas, y esa «belleza», que tanto te conmueve será todavía más atractiva cuando tengamos un hotel de lujo con *spa*, pistas de esquí, remontes y turistas dejando la pasta a raudales. Son recursos desaprovechados. Y si no lo hacemos nosotros, lo hará otra empresa. Así que deja de actuar como si fueras el Dalai Lama y firma.

—¿Y qué pasa con el ecosistema, Emma? ¿El calentamiento global? ¿Has considerado que este lugar es un refugio natural? ¿Que arrasar estos terrenos sería un puto crimen? —Ella suspiró con dramatismo al otro lado de la línea.

—Mira, no me vengas con cuentos de *Greenpeace* ahora. Sabes perfectamente que todo esto es legal. Ya hablé con el alcalde, y la recalificación está asegurada. ¿O qué? ¿Te has vuelto sentimental de repente?

—Quizá, sí. —Su voz sonaba como un murmullo, pero con la suficiente firmeza para que Emma se callara durante un par de segundos.

—Enzo, escúchame bien. —Su tono se volvió más agudo, cargado de frustración—. Todo esto lo estamos haciendo juntos. Este proyecto no solo va a hacernos millonarios, sino que va a consolidar nuestra posición, como una pareja imbatible, envidiada por todas los demás… ¿Qué te pasa? Últimamente estás raro, como si quisieras sabotearlo todo. Deja de jugar al *hippie* montañero y firma…

—Tal vez no quiero seguir siendo tu socio, Emma, y mucho menos, tu pareja. —La

contestación salió de sus labios antes de que incluso pudiera detenerla.

—¿Qué acabas de decir? —preguntó ella con una calma que sonaba muy peligrosa.

—Que no puedo seguir contigo. Ni como socio ni como pareja. Estoy cansado de ti, de este proyecto y de todas tus mierdas con las que me amenazas.

—Muy bien, Enzo. —La voz de Emma era más fría que la nieve que estaba pisando—. Si crees que puedes dejarme tirada, prepárate. Te voy a destruir. Y no, no hablo del negocio. Hablo de tu reputación, de tus contactos, de todo. No vas a volver a mirar un terreno sin que mi nombre te persiga. Sé cómo destruir cada maldito rincón de tu vida si te atreves a dejarme colgada con esto. —El hombre se rio de forma sarcástica.

—Ya veo cómo te diviertes destruyendo.

—¿Sabes lo que no me divierte? —respondió Emma con un tono venenoso—. Que me hagas perder el tiempo con tus dudas existenciales… ¡Enzo, no cuelgues!

Pero él ya había terminado la llamada. Con el móvil todavía en la mano, dejó escapar un gruñido de frustración. Había estado fotografiando el paisaje, tratando de decidir si realmente quería ser cómplice de semejante desastre. Después de aquella mierda de conversación, tenía aún más dudas. Decidió hacer un par de fotos más para analizar mejor el lugar y encontrar algún argumento sólido contra aquel proyecto, dudaba como un imbécil, pensando qué cojones podría hacer contra él para convertirle la vida en un infierno.

Resopló enfadado consigo mismo, y deslizó la pantalla con el dedo para cerrar el archivo donde se encontraba el documento de la firma. En ese momento, una ráfaga de viento le hizo tambalearse, instintivamente apretó el móvil con fuerza y perdió el equilibrio. Mientras caía, la cuerda que usaba para sujetar el teléfono al cuello se tensó de golpe, dejándole una marca en la piel, antes de romperse. Su dedo en la caída se deslizó en la pantalla. El puto móvil reconoció su huella, y procesó la firma digital.

El eco de su propio grito resonó entre las montañas. Luego, el impacto le dejó sin aliento, y todo se volvió negro.

CAPÍTULO 11

EL CONTRATO FIRMADO

Un temblor recorrió su mano al leer el archivo adjunto. Las palabras «Proyecto de Recalificación», le parecían despreciables. Era oficial. Sin darse cuenta, había cometido la mayor putada de su vida.

—Mierda… —repitió nuevamente con los ojos fijos en la pantalla. Los cerró un momento, respirando hondo, pero el pánico no se disipaba.

Miró a Luna, que estaba en la cocina moviéndose con naturalidad, con su cabello de color fuego, como una llama bajo la luz tenue de la cabaña, preparando algo para cenar, luego dirigió la vista a Lola, que estaba a su lado, observándole con los ojos llenos de sabiduría perruna, como si supiera que acababa de descubrir algo muy grave… Luna no tenía ni idea de quién era él. No sabía que estaba sentado ahí, siendo cómplice de un proyecto que destruiría todo lo que seguramente valoraba y amaba. No es que él supiera mucho de ella ¿Qué hacía aquí? ¿Quién era realmente? Había algo en su forma de moverse, de hablar, incluso en las miradas furtivas que le lanzaba, cuando creía que él no estaba atento, que le desconcertaban un montón. Ella no era como Emma, ni como ninguna mujer que él hubiera conocido antes. Luna era… Diferente. Y esa diferencia le estaba volviendo loco.

«No puedo decírselo», pensó. Por primera vez en mucho tiempo, Enzo sintió que tenía que arreglar algo que había destrozado. No podía contarle la verdad a Luna, no aún. Primero debería entender mejor cómo funcionaba aquel lugar, la gente que vivía allí y cómo podía deshacer el desastre que acababa de desencadenar.

Debería quedarse un tiempo. Aprender. Escuchar. Y tratar de mantener la distancia emocional con Luna, aunque lo viera complicadísimo porque sentía tantas cosas por ella… Se levantó y se fue hasta la cocina.

—¿Todo bien? —preguntó Luna, levantando la vista de la olla en la que preparaba unas verduras que olían de maravilla.

—Perfecto —mintió, forzando una sonrisa.

—¡Ok! ¡Pon la mesa!

—De acuerdo. —Cuando terminó, se sentó en la silla y se puso a acariciar la cabezota de Lola, que se había apoyado en sus rodillas.

—¡A cenar! —Luna sirvió los platos y partió los trozos de carne y verdura, para que Enzo pudiera usar el tenedor y la cuchara con la mano buena.

—Gracias —susurró Enzo.

—Si sigues así, Lola te va a adoptar. —Luna intentó parecer alegre. Enzo levantó la vista, sus ojos brillando como nunca con ese azul que hipnotizaba a la mujer.

—¿Y tú no? —preguntó con aire despreocupado. —La mujer parpadeó, sorprendida y rápidamente agachó la cabeza mirando al plato. Sentía las mejillas ardiendo, y no era por el calor que desprendía la chimenea.

—Según cómo te portes, turista —respondió, tratando de parecer segura.

—¡Turista! ¡Ja, ja, ja! Ni siquiera me conoces y ya me has plantado una buena etiqueta. —Luna alzó la vista y con la cuchara a medio camino entre el plato y la boca, contestó:

—Eso es lo que quiero solucionar esta noche. —Su mirada era directa, y su gesto ahora era totalmente serio—. Quiero saber quién eres, Enzo. Y no me vengas con rodeos.

El ambiente en la cabaña pareció tensarse un poco, aunque Lola soltó un bostezo sonoro que alivió aquel instante.

—Está bien, pero con una condición —continuó él, dejando la cuchara en el plato y rascándose la nuca con la mano—. Tú también me vas a contar cosas de ti.

—Vale. Pero empiezas tú. —Enzo suspiró, experimentando el sabor amargo de la mentira que estaba a punto de soltar.

—Soy arquitecto. Me dedico a diseñar proyectos que…, transforman espacios, los hacen más funcionales y bonitos. —Cogió el vaso de agua y bebió más deprisa de lo que él hubiera deseado.

—¿Espacios? —repitió Luna, alzando una ceja—. Eso suena sospechosamente ambiguo.

—Me gusta viajar por lugares interesantes, conocer rincones perdidos. Estaba haciendo unas fotos para un proyecto personal.

—¿Y te caíste por el barranco, mientras hacías unas fotos?

—Digamos que resbalé. La nieve y yo no somos buenos amigos. —Ella rio, y decidió que siguiera con la trola a ver hasta dónde llegaba.

—Vale, Indiana Jones, pero ¿qué hacías tan lejos de casa? Porque no eres de por aquí. —Enzo volvió a dejar la cuchara en el plato, tomándose un segundo para pensar.

—Necesitaba aire fresco. Alejarme del ruido de la ciudad, del trabajo… Y de algunas personas. —Se acercó un poco hacia ella—. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí sola?

Luna bebió un sorbo de agua, intentando ganar tiempo.

—Vivo aquí porque me gusta la montaña. Trabajo protegiendo los recursos naturales, ya sabes, conservación de la zona y esas cosas… —Enzo sintió un escalofrío… *«Genial, como si necesitara más motivos para no decirle la verdad»,* pensó.

—Entonces eres guarda forestal.

—Exacto. —Ella sonrió y cambió rápidamente de tema—. ¿Y tu familia? Porque si de verdad estabas aquí de paseo, ¿cómo acabaste en un barranco con una marca en el cuello y medio muerto de frío? Esta tarde despejaron el camino principal. Ya se puede bajar al pueblo.

—¿Qué significa eso?

—Significa que mañana te llevaré al pueblo para que te vea Manuel, mi amigo. Es médico y traumatólogo. Te hará un chequeo en condiciones. Además, será bueno que tu gente sepa que estás vivo. Seguro que te están buscando, porque andarán desesperados removiendo cielo y

tierra…

—¿Mi gente?

—Sí, tus familiares, amigos, tu pareja… Quien quiera que esté preocupado por ti. No es que haya pasado mucho tiempo desde el accidente. No más de cuarenta y ocho horas, pero si te han llamado y no has contestado, seguro que… —Enzo se inclinó hacia atrás cruzándose de brazos.

—No estoy seguro de que sea buena idea. —Luna le miró confundida. Sabía por Luigi, que la novia había puesto los telediarios patas arriba por la desaparición de Enzo…

—¿Por qué no? ¿No querías el móvil para eso?

—Es complicado —concluyó finalmente el hombre, tratando de no parecer evasivo—. Digamos que no tengo a nadie esperándome con los brazos abiertos. No estoy listo para enfrentarme a la gente.

—¿Ni siquiera a un médico? —preguntó Luna, incrédula.

—Bueno, a él sí. —Enzo suspiró, sintiendo que no tenía otra opción—. Pero no quiero armar un espectáculo, ¿de acuerdo?

Luna le observó en silencio por un momento, y luego sonrió.

—No te preocupes. Manuel no es de los que hacen preguntas innecesarias. Y el resto del pueblo… Bueno ya me encargo yo de eso. —El alivio en el rostro de Enzo fue palpable, aunque también estaba teñido de algo más: la culpa. Sabía que estaba escondiendo mucho más de lo que Luna imaginaba, y la idea de bajar al pueblo le inquietaba muchísimo. Pero también sabía que no podría posponerlo para siempre.

—¿Y tú? —preguntó de repente, con un tono más suave—. ¿Tienes familia aquí? ¿Alguien especial?

Luna levantó la vista, sorprendida por la pregunta.

—Mi familia vive cerca. Bueno, mi madre está en el pueblo, y tengo amigos que son como de la familia. ¿Alguien especial? —Sonrió, encogiéndose de hombros—. No, la verdad es que no.

Enzo asintió lentamente, tratando de esconder el alivio que sentía.

—Supongo que eres demasiado exigente.

—O que no me conformo con cualquiera —respondió Luna sonriéndole—¿Te apetece una infusión antes de ir a la cama?

—Vale.

—Después te revisaré la mano y te ayudaré a ponerte un pijama que he sacado del baúl de los recuerdos de papá.

CAPÍTULO 12

UNA NOCHE INOLVIDABLE

Luna acababa de recoger la cocina y había puesto el pienso y el agua en los cuencos a Lola. La perra se lo zampó todo en un momento y se fue a su rinconcito favorito de la cocina, donde solía dormir, cuando pasaban allí el invierno.

—Enzo ve al cuarto de baño, te voy a revisar la mano y las heridas —dijo Luna, mientras cogía el botiquín del armario.

—¿Me ayudarás a…?

—Claro. No te preocupes —Ese día Luna había ayudado un par de veces a aquel hombre a hacer sus necesidades, a ponerle ropa de su padre, y la verdad es que no se acostumbraba a ver el cuerpo de un tío que quitaba el aliento. Había preparado un analgésico y un vaso de leche, porque, aunque no le dolía la cabeza, y las pupilas dilataban con normalidad, no se fiaba ni un pelo. Deseaba con todo su corazón poder bajar con él al pueblo y que Manuel le hiciera un chequeo. Mientras, ella iría corriendo a la tienda de Luigi para que le contara los últimos cotilleos. No podía imaginar por qué Enzo no quería saber nada de su pareja, ni de su familia.

—Necesito ducharme, huelo mal. —susurró el hombre.

—De acuerdo, yo te ayudaré. —Pero primero, le sentó en una silla y comprobó si había cambios de color en los dedos o en la mano, si habían aparecido nuevos moretones, o si notaba rigidez. Presionó suavemente la uña del dedo índice para comprobar que recuperaba rápidamente su color rosado y así eliminar problemas de circulación. Le preguntó si notaba dolor, hormigueo o pérdida de sensibilidad en la mano…

—No. Luna…

—Dime. —La mujer levantó la vista y se perdió en aquella mirada.

—No sé qué me está pasando. Siento un montón de cosas, que no puedo…

—Es gratitud. Te lo garantizo. —Ella estaba cayendo en el mismo hechizo que él. Era imposible que en tan poco tiempo estuviera sintiendo todo aquello…

—Apenas sé quién eres, pero esto… —Se llevó la mano izquierda al corazón. Hubo un silencio atronador. Luna sonrió con esa mezcla de fortaleza y dulzura, que le tenía atrapado…

—Hay muchos estudios sobre ello, ¿sabes? Se crea una conexión casi inexplicable entre el salvador y la víctima. El agradecimiento es tal que se idealiza a quien rescata, el cerebro libera dopamina y otras hormonas relacionadas con el alivio y la felicidad…

—Calla. —Enzo atrajo a Luna de forma que sus labios se encontraron. El beso fue mágico.

—Enzo.

—Tengo que verte. Desnúdate. —Luna no dudó ni un instante. El hombre estaba sentado en un taburete, y había apoyado la espalda contra los azulejos de la pared. Luna cerró un momento los ojos. Cuando los abrió, se quitó la camiseta y los pantalones del chándal. Cogió una

pinza del pelo y se lo recogió porque necesitaba el contacto de Enzo en su cuello. Se agachó y se lo ofreció…

—Muerde. —Enzo rio, pero hizo lo que le pidió. Luna gimió, se abrazó a él, para sentir su calor… Se quitó el sujetador y las bragas y se sentó a horcajadas sobre él… Estaba salida, caliente, húmeda y afectada como Enzo por el hecho de haberle rescatado de una muerte segura.

El hombre le rozó los pezones con los labios, y bajó la mano a la entrepierna. Acarició con parsimonia los pliegues del sexo de Luna, hasta que pensó que era mejor acariciar a toda velocidad el clítoris y que se corriera con un grito de triunfo. Triunfo ante el dolor, el sufrimiento y la muerte…

Eros luchando contra Tánatos, el placer ganando la batalla al dolor. El cuerpo erotizado que motivaba la creación, la vida que cautivaba al otro.

La mujer introdujo la mano dentro de los pantalones de Enzo, porque mientras se corría quería acariciar con fuerza y desesperación el sexo de su amante.

—¿Tienes condones? No creo que aguante mucho más…

—Claro, vámonos a la cama. —Y por primera vez, Enzo accedió al santuario de Luna. A la habitación en la que no dormía desde que había rescatado a Enzo.

CAPÍTULO 13

Y SE AMARON…

Esa noche, mientras Luna dormía a su lado, Enzo no podía dejar de mirarla, memorizando cada detalle de su rostro, bajo la tenue luz de la luna que se filtraba suavemente por la ventana. Su cabello, ese revoltijo de fuego, caía desordenado sobre la almohada… Él quería enredar sus dedos en él para siempre.

¿Cómo podía alguien parecer tan fuerte y vulnerable a la vez? Era como si la naturaleza misma la hubiese esculpido para encajar con el paisaje salvaje de las montañas. Era vida pura, sin artificios.

Se sentía como un adolescente, incapaz de controlar los latidos frenéticos de su corazón. Era absurdo. Apenas la conocía, pero cada palabra que salía de su boca, cada sonrisa, incluso cada improperio, le hacía quererse quedar allí para siempre. Luna era magnética, de una forma que iba más allá de su físico o de cómo le había salvado. Su risa era despreocupada, su mirada penetrante, esa mezcla de determinación y ternura que le desarmaba constantemente.

¿Era amor? ¿O su cerebro estaba confundiendo gratitud y admiración con algo más? No lo sabía, pero lo que sí tenía claro es que no quería irse de su lado. Luna le había devuelto más que su vida; le había devuelto algo que no sabía que había perdido: la capacidad de sentir algo real, algo que no estaba basado en contratos, estrategias o apariencias.

Enzo nunca había conocido a nadie como ella. Luna era una tormenta: arrolladora e imposible de contener. Y él estaba encantado de perderse en su caos. Miró su perfil una vez más, con el pecho lleno de algo que no podía nombrar. ¿Era posible enamorarse tan rápido? Quizá fuese una locura, pero si lo era, quería abrazarla con todas sus consecuencias. Porque, por primera vez en su vida, la locura la percibía como lo más cuerdo que le había pasado en mucho tiempo.

Enzo se giró despacio, cuidando de no despertarla. Luna suspiró en sueños y él sonrió como un imbécil enamorado. No pudo evitar que su mente volara hasta Emma. Incluso el nombre le sonaba áspero, rasposo…

Emma era perfecta en su papel: guapa, elegante, de esas mujeres sofisticadas que parecían diseñadas para aparecer en las portadas de las revistas. Siempre impecable, desde el maquillaje hasta los zapatos de marca. Detrás de esa fachada, no había nada, ni una chispa de curiosidad, ni un deseo de explorar más allá de lo que conocía. Todo en su mundo giraba alrededor del dinero, del estatus, de lo que los demás pensaran sobre ella.

Recordó la última conversación que tuvieron antes de que él decidiera reflexionar por última vez, y subir a las montañas. Emma había hablado durante horas del *resort*, de los inversores, sobre cómo la construcción elevaría sus nombres hasta la élite empresarial. No había mencionado ni una sola vez el paisaje, la naturaleza o el impacto que tendría en la gente del lugar. Cuando él empezó a tener serias dudas sobre todo aquello, Emma se limitó a levantar una ceja y a soltar un *«Cariño, no seas ingenuo. Nadie valora un puñado de árboles»*.

Luna, en cambio, habría defendido cada árbol con uñas y dientes. La comparación le dolió, ¿cómo había pasado tanto tiempo con una mujer que ni siquiera entendía lo que realmente importaba? Emma le veía como un accesorio más, como un socio conveniente para sus planes de

vida.

Miró a Luna otra vez. Ella era todo lo que Emma no podría ser ni, aunque ese algo le mordiera en el culo: auténtica y libre. Alguien que amaba de verdad.

Había caído, no por un barranco, sino en una trampa mucho más peligrosa: el amor. Estaba jodido, porque además no quería salir de aquello.

CAPÍTULO 14

EN EL PUEBLO

Luna dejó sentado en la consulta de Manuel a Enzo. Al salir, cerró la puerta y se apoyó contra la pared del pasillo, soltando el aire que llevaba conteniendo desde que bajaron del coche. Habían pasado menos de dos días desde que le encontró en el barranco y ya estaba loca por él. Pero claro, si aparecía la Emma esa «¡menuda mierda!», pensó.

Casi sin pensarlo, salió disparada hacia la tiendecita de Luigi, el epicentro del cotilleo local. El hombre, como siempre, estaba sentado en su rincón favorito, junto a la estufa de leña, hojeando un periódico local que probablemente había leído al menos cinco veces.

—¡Pero bueno, si es la heroína de los Pirineos! —soltó Luigi al verla entrar como un huracán en la tienda.

—¿Qué dices, Luigi? —contestó Luna, haciéndose la loca.

—¡Que no me engañas, chiquilla! Aquí la ventisca no tapa nada. Estás como una regadera, y sé que algo te traes entre manos. —Luigi la observó con el ceño fruncido. Era un hombre maduro, de nariz ganchuda y ojos avispados, el típico que olía los secretos desde kilómetros de distancia.

—Dime qué has visto y qué has oído, ya sabes, noticias de la tele que yo no miro, y además no quiero ver nada en Internet, no sea que me ponga de los nervios. Esto… Sobre el desaparecido, por supuesto. —El hombre alzó una ceja, disfrutando del momento.

—Pues mira, guapa, te lo resumo: la novia, una tal Emma, salió ayer por la tele hecha una hiena. Chillaba más que una gaviota en un puerto… *«¡Que lo busquen!»*, decía. Y claro, la Guardia Civil la está siguiendo el rollo, que el temporal no ayuda y tal…

—¿Estuvo aquí? ¿En el pueblo? —preguntó Luna, apretando los puños.

—No, aquí no. Y mejor que no venga. Con esos chillidos, asustaría hasta a las cabras. —Luna suspiró aliviada, aunque también sentía una frustración bien gorda.

—¡Uf!

—Pero ¿sabes qué es lo raro? —continuó Luigi, con el tono de quien está a punto de soltar un bombazo—. Dicen que el novio es un pez gordo. Empresario o algo así, y la Emma esa, viajaba en un helicóptero privado. —Luna sintió un nudo en el estómago. Claro un helicóptero, ¿y ella quién era? Una guarda forestal con un coche viejo y una vida modesta.

—¿Y qué más? O sea ¿qué más dicen?

—Pues ella, concretamente lo que es decir, dice de todo. Que si la Guardia Civil no está haciendo su trabajo, que si ha contratado más helicópteros además del que ella usa, que si va a denunciar al alcalde del pueblo porque, según ella y las pistas que dejó la señal del móvil, está por aquí y hay mucha falta de seguridad en la zona. Una histérica de manual, eso sí, bien maquillada para salir en *prime time*, no te vayas a pensar…

—¡Vaya pieza! —exclamó Luna.

—¡Y espérate! Porque cuando salió la madre del desaparecido a cascar, la otra ni la dejó terminar. La pobre mujer iba a pedir calma y dar las gracias por la búsqueda, pero Emma la interrumpió para soltar un discurso sobre cómo iba a remover cielo y tierra hasta encontrarlo. —Luna torció la boca.

—Tiene pinta de ser una tía a la que se le ha pirado la pinza. Habla mucho y piensa cero.

—Eso mismo he pensado yo. Pero oye, preciosa, cuéntame tú. ¿Por qué tanto interés? ¿Es que has visto algo? —Luna bajó la voz, acercándose al mostrador. Luigi se levantó como un rayo y la pasó a la trastienda. Allí había tomate. El hombre lo olía como un tiburón olía la sangre a kilómetros.

—Lo encontré yo, Luigi. Estaba en un barranco, cerca de la cabaña, con hipotermia, la nieve cubriéndole… —El hombre abrió los ojos como platos, llevándose las manos a la cabeza.

—¡No me jodas! ¿Lo encontraste tú?

—¡*Shhhh*! ¡Baja la voz! ¡No quiero que nadie se entere!

—¿Y dónde está? ¿Cómo está?

—Creo que tiene la mano rota. Está con Manuel.

—Y Manuel, ¿no se irá de la *boquiqui?*

—No, confío plenamente en mi amigo. —El médico era un chico muy prudente y totalmente profesional.

—Pero, chica, repito ¿cómo no has salido en la tele como la heroína que eres? Vamos que, si fuera yo, ya estaría firmando autógrafos.

—No quiero que se sepa, Luigi, ya te lo he dicho. Necesito averiguar quién es ese hombre y qué hacía aquí antes de que aparezca su circo mediático y se lo lleve en volandas. —Luigi la miró de arriba abajo con una mezcla de asombro y admiración.

—¿No será peligroso? ¿No tienes miedo?

—No, sé que es buen tío. Solo quiero averiguar qué hacía por aquí.

—Vale, tranquila. Pero eso sí, ¡vuelve y me cuentas cada vez que descubras algo! —Luna rio mientras recogía una barra de pan y un par de latas de conservas para disimular su visita. Al salir de la tienda no podía quitarse de la cabeza la imagen de Emma gesticulando en la tele. Aquella mujer le daba muy mala espina.

CAPÍTULO 15

DE VUELTA A LA CONSULTA

Luna entró en la consulta de Manuel con su habitual energía, haciendo que el médico, un treintañero con coleta y camiseta de Metallica bajo la bata, levantara la mirada con una sonrisa.

—¿Cómo ha ido todo?

—Mejor de lo que él se esperaba —contestó Manuel, devolviéndole la sonrisa a su amiga.

—¿Y eso?

—Después de hacerle una placa, he comprobado que no hay fractura, aunque sí tiene una distensión ligamentosa ligeramente moderada. En cuanto a la conmoción cerebral, todo va bien. Con reposo, hielo y este vendaje nuevo que le he puesto, estará guay en un par de semanas… ¡Nada de cargar peso ni de movimientos bruscos!

—Lo anotaré en mi lista de imposibles —bromeó Enzo. Manuel le miró fijamente, como si tratara de encajar las piezas de un puzle.

—Oye… ¿No serás tú el desaparecido del que hablan en las noticias? El que andan buscando con helicópteros y toda la pesca… —Luna puso los ojos en blanco y resopló.

—¡Manuel! ¿Cómo se te ocurre calzarle esa pregunta así de sopetón? ¿Qué dices? —Pero Enzo, confesó resignado:

—Bueno… Técnicamente sí, soy yo. Aunque lo de los helicópteros me parece un poco excesivo.

—¡Lo sabía! —Manuel se echó hacia atrás, cruzando los brazos—. ¡Tienen un circo montado en la tele! Tu madre parece muy preocupada, pero la chica, esa tal Emma… ¡Madre mía! Está amenazando con quemar medio país si no te encuentran.

—Emma es… Bueno, ella es así de dramática. —dijo con un gesto de incomodidad, reflejado claramente en su rostro.

—¿Dramática? Esa mujer parecía salida de un *reality show*. Lo raro es que no esté dando ruedas de prensa desde un helicóptero. —Luna, que hasta entonces había estado callada, volvió a resoplar.

—Vaya tela, Enzo. A lo mejor deberías llamar y tranquilizarlas antes de que organicen una expedición con fuegos artificiales. —Enzo negó con la cabeza.

—Ahora no. Necesito pensar, aclarar algunas cosas antes de enfrentarme a todo eso. —Manuel alzó las manos en señal de rendición.

—Bueno, tú sabrás. Pero que sepas que Emma le da miedo hasta a mi perro, por no hablar de la Guardia Civil. No puedes esconderte muchas horas más. Tendrías que informar. De hecho, yo tendría que dar parte a las autoridades.

—No han pasado más de cuarenta y ocho horas. Avisé a dónde iba. No voy a participar de las esquizofrenias de Emma, solo porque tenga apagado el móvil, además lo encendí ayer un momento. Seguramente ya sabrán la ubicación.

—¡Vamos, desaparecido! ¡Volvamos a la cabaña! Manuel ya te ha echado el sermón, y yo necesito un descansito de tanto drama.

—Y yo, comida —añadió Enzo levantándose con cuidado de la silla.

—Cuídalo bien, Luna. Este tío tiene pinta de meterse en líos con facilidad. —Manuel besó a Luna y le estrechó la mano sana a Enzo.

CAPÍTULO 16

EN EL COCHE…

El camino serpenteaba bajo la luz grisácea del invierno. Luna conducía en silencio, demasiado ensimismada, mientras Enzo la miraba de reojo, incómodo por la situación. Lola, en la parte trasera del coche, resopló con fuerza… Enzo carraspeó, buscando romper la tensión.

—Estás muy callada.

—Tú tampoco eres la alegría de la huerta —respondió Luna, con los ojos fijos en el camino.

—Ya, pero es que tú no sueles ser así —insistió Enzo, tratando de arrancarle algo más que monosílabos—. ¿Sabes algo de mi búsqueda?

—¿Y qué si lo sabía? —replicó la mujer, algo a la defensiva. Enzo le tocó el brazo.

—¿Lo sabías?

—¡Vale, sí sabía algo! Luigi me contó lo de las noticias. Pero ¿qué querías que hiciera? Llamar a tu novia histérica y decirle, «*Hola lo tengo aquí, en mi sofá, tan fresco como una lechuga*» —Enzo intentó mantener la calma.

—Podrías haberme dicho algo antes.

—Podría —concedió Luna mirándole de reojo—. Pero también podrías contarme para qué coño querías el móvil tan desesperadamente… ¿O eso no importa?

El golpe fue directo, y el hombre lo sintió como un puñetazo en el estómago. Por supuesto, no podía contarle la verdad. No ahora. Tragó saliva, buscando una respuesta que no le delatara.

—Quería… —hizo una pausa, forzando una sonrisa nerviosa—. Quería comprobar si había algún mensaje importante de trabajo. Algo que no podía dejar pasar.

—¿De trabajo? —repitió Luna, arqueando una ceja, mientras le miraba brevemente antes de volver a centrarse en el camino. Su tono estaba cargado de escepticismo.

—Sí —mintió el hombre, sosteniendo la mirada, cuando ella volvió a girarse hacia él—. Tengo un negocio, y no puedo desaparecer sin más. La gente confía en mí. —Luna se carcajeó.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué noble por tu parte! Entonces no era para hablar con tu madre o, mejor dicho, con tu novia ¿no? —El comentario sarcástico le pilló por sorpresa, pero Enzo prefirió no morder el anzuelo.

—Emma es cosa del pasado, ya te lo dije. —Luna volvió a concentrarse en el camino, pero su mandíbula tensa dejaba bien claro que no iba a tragar carros y carretas mucho más tiempo.

—Lo que tú digas. —Finalmente, Enzo cambió de táctica, suavizando el tono.

—¿Sabes qué? Olvidemos todo esto. Prefiero pensar en la noche pasada. —Luna se tensó ligeramente, pero no pudo evitar que una sonrisa asomara a sus labios.

—Ah, ¿sí? ¿Qué hay que pensar?

—Que fue la noche más increíble de mi vida. Y que, si me quedo contigo unos días más, voy a terminar perdiendo la cabeza por completo.

CAPÍTULO 17

NO PUEDO EVITARLO…

Conforme entraron por la puerta de la cabaña, cerraron a toda prisa y Enzo la arrinconó contra la puerta. La miró fijamente y Luna le besó con pasión. Era como aquello que decían del escorpión, que no podía evitarlo. Aquel hombre la volvía del revés.

Introdujo la mano dentro de los pantalones y comprobó que Enzo estaba más que dispuesto a follar. Fueron corriendo hasta la habitación y Luna se desnudó a toda prisa. Necesitaba sentirle bien dentro y que la penetrara una y otra vez hasta que perdiera la noción del tiempo.

Le bajó los pantalones y le ayudó a ponerse el condón. Se puso encima de él y se dejó llevar por el placer…

Le importaba un huevo el mundo. Le necesitaba desesperadamente. Incluso sentía un montón de cosas que le daban un miedo escandaloso. Nunca había tenido pareja, aunque sí algunos rollos de meses que al final acababan en nada. Porque ella amaba aquel lugar, con todo su corazón y los hombres con los que había salido eran urbanitas convencidos, que al final se aburrían con sus chácharas sobre aquel paraje de ensueño.

Ninguno comprendía su amor por la naturaleza. Así que mientras Enzo entraba y salía de su cuerpo con pasión, Luna jadeaba de placer y absorbía el olor de los pinares y los abetos que entraba por la ventana entreabierta, con auténtico delirio…

—Bésame —suplicó Enzo. Luna lo hizo. Paró el movimiento, la cadencia, le rozó los labios, sintiendo cómo el calor de la boca se iba extendiendo al igual que el sol deslizándose por las montañas al amanecer.

—¡Oh, Dios! —exclamó Luna.

El corazón de Enzo latía con fuerza desmedida, como un tambor celebrando la llegada de algo sagrado.

Se sentía en caída libre, igual que cuando cayó por el barranco, solo que esta vez confiaba plenamente en que los brazos de Luna le acogerían, sintiéndose seguro…

—Te amo —dijo Enzo. No pudo evitarlo.

CAPÍTULO 18

ENSÉÑAME TU MUNDO

Después de comer, Enzo se acercó a Luna, que estaba secando los platos. La rodeó con sus brazos por la cintura, apoyando la barbilla en su hombro.

—¿Sabes? Estaba pensando que deberíamos salir a ver el atardecer.

—¿Así, sin más? —preguntó, aunque ya se le estaba dibujando una sonrisa en los labios.

—Así, sin más. Los días están creciendo y quiero aprovechar cada minuto contigo. —Ella le besó con toda la pasión de su corazón. Aquello era tremendo, como un dogma de fe. Creía en él y en el amor que decía que le profesaba. Y ella estaba hasta las trancas por él.

—¡Vale!

—Te prometo que te voy a compensar todo lo que estás haciendo por mí. —Le guiñó un ojo, y ella volvió a besarle.

Se pusieron las parkas, y salieron hacia el mirador. Lola corría delante, saltando, ladrando y cogiendo algún palo que otro medio enterrado en la nieve, para que Luna jugara con ella. El paseo era cortito. La cabaña estaba situada en una explanada y el mirador a no más de cinco minutos paseando.

Caminaban en silencio, abrazados, como si se conocieran de toda la vida.

—¿Siempre está tan contenta? —preguntó él, señalando a la perra.

—Es feliz con poco. Igual que yo. —Luna le lanzó una mirada cargada de ternura.

Cuando llegaron al mirador, Enzo se detuvo y la agarró por los hombros, colocándose detrás de ella.

—Mira, eso… —El valle parecía un cuadro bañado por los últimos rayos de sol—. ¡Qué maravilla!

—Es mi lugar favorito del mundo —admitió Luna, inclinándose contra su pecho.

—¿Cómo terminaste aquí? —preguntó Enzo, besándole suavemente el pelo—. Quiero saberlo todo de ti.

Ella se giró, apoyando las manos en su pecho, mientras le miraba con los ojos brillando de pasión.

—¿Estás seguro? No es la historia más emocionante del mundo.

—Me da igual si me dices que llegaste hasta aquí volando, montada en un burro. Lo que quiero es oírte a ti. —La atrajo aún más cerca y le acarició la mejilla con las yemas de los dedos.

—*Ok*, veamos, soy hija única de padres divorciados. Mi madre vive en el pueblo de al lado. Es monitora, organiza un montón de cosas para los jóvenes del lugar. Y mi padre… Bueno, vive en la ciudad, en su mundo de prisas y asfalto. Yo siempre tiré más al monte, como las cabras.

—¡Ja, ja, ja! ¡Te adoro!

—¡Estás fatal!

—¡Pues sí! Por ti y no me importa confesarlo.

—Vale, ahora te toca a ti. Es tu turno. ¿De dónde vienes? ¿Qué haces con tu vida? ¿Qué estabas haciendo aquí? —Él comenzó a responder.

—Pues… —Pero no pudo responder, porque escucharon el rugido espantoso de un helicóptero.

—¿Qué coño es eso? Dime que no es… —Luna miró a Enzo con total incredulidad.

—Supongo que es Emma. —Enzo se pasó la mano izquierda por la cara, claramente resignado.

—*Ok*, pero más te vale arreglar esto rápido. Esa mujer tiene toda la pinta de querer arrasar mi cabaña. —Lola no paraba de ladrar como una loca, ante tanto ruido.

—Tranquila, yo me encargo —dijo Enzo, agarrándola por los hombros y dándole un beso rápido en la boca.

Ojalá Enzo hubiera tenido más tiempo de hablar con Luna.

Ahora se iba a enterar por las bravas, qué era lo que estaba haciendo en estos parajes.

Mierda de vida…

CAPÍTULO 19

CON ELLA LLEGÓ EL ESCÁNDALO

El sol acababa de esconderse tras las montañas, dejando el cielo teñido de tonos anaranjados y rosados que a su vez se reflejaban en la nieve. Cuando llegaron a la explanada frente a la cabaña, allí estaba el helicóptero, con las aspas aún girando, levantando ráfagas de nieve que les azotaban la cara. El ruido era infernal. Probablemente los animales huirían despavoridos a sus guaridas.

—Esto tiene que ser una puta broma —murmuró Luna, limpiándose la nieve de la cara. Emma se giró hacia ellos con una sonrisa triunfal, pero se desvaneció en cuanto vio a Luna. Su mirada la recorrió de arriba abajo, con un desprecio que no pudo ni quiso disimular. Llevaba un abrigo de piel y unas botas de nieve, que debían costar un ojo de la cara.

—¡Vaya, vaya! ¡Menuda estampa! —Su mirada se alternó entre Enzo y Luna, con una suspicacia creciente.

—Emma, ¿qué haces aquí? —preguntó Enzo, con una voz más tensa de lo que pretendía.

—Cariño, ¿de verdad es necesario preguntar? —dijo ella, avanzando un pasito hacia ellos, y dando un traspiés nada *fashion*—. Tu madre está hecha polvo, la prensa no para de hablar de tu desaparición, y pensé*: «Emma, sé una heroína, ve a rescatar a tu hombre»*. Pero parece que te has rescatado solo… O no tan solo.

Su mirada se clavó en Luna, que permanecía impasible, aunque sus ojos la delataran… Estaba que bufaba.

—Agradezco tu preocupación, pero no era necesario que vinieras —replicó Enzo, haciendo un esfuerzo por mantener la calma.

—¿Qué no era necesario? ¡Por favor, Enzo! ¿Sabes el revuelo que has causado? Pero claro… —Se detuvo un momento a observarle con atención. Una idea parecía estar formándose en su cabecita de arpía—. Ya veo por qué no querías volver.

—No sé de qué estás hablando. —Emma entrecerró los ojos, y se aproximó aún más a él.

—Cuéntame, cariño… ¿Le has dicho a tu nueva amiguita, por qué estabas aquí? —preguntó con una sonrisa venenosa. Luna se tensó al instante, mirando a Enzo con el ceño fruncido.

—¿De qué está hablando?

—Emma, no empieces —le advirtió Enzo, intentando desviar el tema de conversación.

—Diré lo que me salga del toto… ¿No le has dicho nada a tu putita?

—¡Retira eso ahora mismo! —exclamó cabreadísimo Enzo.

—Pues verás, chica ya que tu caballero andante no tiene huevos, déjame ponerte al día: Enzo estaba aquí porque íbamos a urbanizar toda esta zona. Ya sabes, vamos a construir un precioso *resort* de invierno, con pistas de esquí, *spas*, restaurantes de lujo, vamos un puto paraíso… Aunque para eso, claro, habría que arrancar unos cuantos arbolitos.

—Luna, yo… —empezó él, pero su voz se quebró.

—¿*Queeeé*? ¿Eso es cierto? —Emma, disfrutando del caos que acababa de desatar, añadió con una lástima que no sentía ni de lejos:

—Vaya, parece que no estabas al tanto, pero bueno, ¿qué podías esperar? Enzo es un hombre de negocios, no el guardabosques del oso Yogui… Por lo que veo todavía le han quedado pelotas para integrarse en el entorno —añadió mirando con cara de asco a Luna.

—No me lo puedo creer —susurró Luna, con la voz temblando de rabia. Dio un paso hacia él, señalándole con un dedo acusador—. ¿Todo lo que me has dicho sobre el lugar era mentira?

—No, Luna, no lo entiendes… —se excusó Enzo, pero ella se apartó, no fuera que el contacto con él le dieran náuseas.

—¡Vaya si lo comprendo! ¡Has venido aquí a destruirlo todo, a convertir todo esta maravilla en un puto parque de atracciones! ¡Me has engañado como la gilipollas que soy, mientras tú planeabas arrasar con todo lo que amo! —Emma dejó escapar una risita.

—¡Me meo! ¡Esto es mejor que una serie de Netflix!

—¡Y tú, *personaja*, ya te puedes ir por donde has venido! ¡No necesito de tus comentarios de arboricida, ni de tus aires de grandeza!

—Tranquila, chica, que no pienso quedarme aquí. Solo he venido a recoger a mi prometido. —Se volvió hacia Enzo, con un tono repentinamente dulce. Le iba mucho en todo aquello… Todavía faltaban algunos detalles que tenían que resolver—. Vamos, cariño. Este teatrillo ya ha durado demasiado.

—Luna, déjame explicarme…

—Ni se te ocurra. —Luna levantó una mano—. Emma tiene razón. Esta mierda ya ha durado demasiado.

La mujer comenzó a caminar hacia la cabaña, seguida de cerca por Lola, que no hacía más que gruñir.

CAPÍTULO 20

REUNIÓN DE VECINOS

Manuel, Luigi, Teresa la madre de Luna, y Luna estaban sentados alrededor de la mesa de la cocina de la casa de Teresa. Estaban tomando café y comiendo churros. Luna estaba sentada con los brazos cruzados, cabreada a tope, mientras los demás discutían. Manuel dio un golpetazo encima de la mesa…

—El alcalde es un vendido, uno bien cutre, que va a dejar el pueblo hecho una mierda, eso sí, con *spa* y *jacuzzi*… ¡Esto es el puto colmo!

—Si le pillo, te juro que le meto un palo de la escoba por el culo y lo uso de plumero para limpiar el ayuntamiento —dijo Teresa. Todos rieron, menos Luigi que tenía la boca llena, del atracón de churros que se estaba pegando.

—No sé qué me cabrea más si el alcalde, la Emma esa con cara de estirada, o que este sea el último churro… Tere, ¿no has comprado más?

—¡Céntrate, por Dios, Luigi! ¡Esto es serio, nos van a joder la zona!

—Perdona, cariño, pero con el estómago vacío no se puede planear nada en serio contra el impresentable de Tiburcio, el alcalde.

—A ver, primero vamos al grano: ¿qué coño hacemos? ¿Le quemamos el coche? ¿Le plantamos un pino bien gordo delante de la puerta de su casa? —preguntó Teresa. Luna resopló y puso los ojos en blanco. Su madre era muy amorosa, pero se le piraba la pinza de forma bastante importante.

—¿Un pino? —preguntó Manuel, de forma inocente. Luna le dio un codazo en las costillas por gilipollas.

—Sí claro, mamá. Si quieres voy metiendo en una bolsa las cacas de Lola y se las dejamos de regalito delante de la puerta del ayuntamiento… ¿Qué os parece si le llevo al bosque y le dejo tirado para que los lobos se encarguen del resto? —Luna siguió con la coña, provocando las carcajadas de todos.

—¡Venga, vale ya de *tontás*! ¡Tenemos que pensar cómo frenar esto, en serio! ¡Como empiecen las obras, nos damos por follados! ¡Adiós al río, al bosque, a nuestras rapaces!

—¿Y qué pasa con Enzo? Porque ese chico tiene la cara de cemento… ¿Cómo ha tenido la jeta de enamorar a mi Luna, para conocer mejor el sitio? ¡Ya no te puedes fiar ni de tu sombra! —protestó Teresa.

—Enzo no es como Emma. No sé… Es algo que intuyo —susurró Luna, con cara de pena.

—Perdona, Luna que te lo diga así, pero «tu Enzo», ha metido la mano hasta el fondo —adujo, Manuel.

—Sí, tiene pinta de haber metido la mano en el pastel… —rio Luigi.

—¡Sois unos putos machistas, retrógrados, no sé ni cómo os aguanto! —protestó Luna.

—¿Qué pasa, hija? ¿Todavía estás pensando en ese tío? —Teresa dejó la taza encima del

platillo, y cogió la mano de Luna.

—No es eso, mami, es que no me cuadra… —mintió Luna. No dejaba de pensar ni un minuto en Enzo. Ya habían pasado dos semanas desde que se fue y le extrañaba muchísimo. Hasta Lola aullaba más de la cuenta y eso que su perra solo lo hacía cuando escuchaba a los lobos.

—¿Cómo que no te cuadra? ¡Pero si es muy sencillo! ¿O necesitas que te haga un dibujito? Verás: érase una vez un especulador que llegó al bosque, que te engañó, que te estaba sacando algún tipo de información y que intentó destruir tu mundo… —argumentó Manuel.

—¡Que no me cuadra, joder! —exclamó de los nervios Luna—. No sé, había algo en él, que no parecía como Emma.

—Claro, *guapi*, seguro que Enzo es el alma caritativa del dúo. Como Batman y Robin, pero en versión inmobiliaria… —Luigi se rio de su propio chiste.

—Mira, Luna, no te dejes liar. Ese hombre es un lobo con piel de cordero. —señaló Teresa con un dedo acusador a su hija.

—Igual es solo un cordero que se metió en la boca del lobo… —susurró Luna casi para sí misma. Manuel bufó, totalmente incrédulo.

—¡Madre mía, esto va a ser al final un puto culebrón! ¡Luna, cariño, despierta! Ese tío está del lado de su novia, del alcalde y del puto *resort*. No hay más.

—¡Bueno, ya está bien! ¡Hemos venido a proponer algo para frenar este proyecto de mierda! — gritó Teresa. Y así se tiraron toda la tarde…

CAPÍTULO 21

REUNIÓN CON LOS CONSEJEROS DE EMPRESA

Enzo entró en la sala de reuniones con una carpeta llena de papeles bajo el brazo. Los consejeros estaban sentados alrededor de una mesa ovalada de cristal, con Emma situada justo al lado del sillón vacío que le correspondía a Enzo. Se la veía claramente irritada e incómoda.

—Gracias por venir tan rápido. Prometo no quitarles más tiempo del necesario —dijo Enzo, con voz firme. Abrió la carpeta y repartió unos papeles a todos los allí presentes. Les conminó a que se dirigieran a la página quince de la memoria.

—Más te vale, Enzo. Todo este drama está retrasando el proyecto y ya estamos perdiendo unos cuantos millones —anunció Enrique uno de los consejeros que apoyaba sin miramientos a Emma.

—¿Qué demonios está pasando aquí? ¿Por qué has convocado la junta extraordinaria, saltándote todos los protocolos a la torera? —preguntó Vicente otro de los consejeros, claramente incómodo con la situación.

—Sí, Enzo, ¿por qué no nos iluminas? Porque si es para cancelar el resort, puedes olvidarte. Tenemos un montón de contratos firmados por el alcalde, incluso por ti… —anunció con una sonrisa maléfica.

—Te recuerdo que la firma digital, debe ir siempre y en todo momento acompañada por una clave de seguridad de confirmación, que no te mandé, porque en ese momento, tuve el accidente… —contestó con una sonrisa triunfal. Había estado varios días rompiéndose la cabeza, intentando descubrir algún defecto de forma en aquel maldito contrato que parecía blindado, hasta que su madre viéndole desesperado, se acercó hasta su casa, y fue ella la que se dio cuenta de aquel pequeño pero importantísimo detalle…

—Minucias… —contestó Emma, claramente incómoda. La codicia no le había dejado ver el bosque en general, tan solo unos cuantos de árboles que pretendía cargarse en cuanto pisaran las primeras máquinas en aquel sitio de mierda.

—Les he traído un regalo. Este es el informe completo de impacto ambiental sobre los terrenos que planeamos urbanizar. Resulta que la zona se encuentra dentro de un área CEPA, una zona de especial protección para las aves. —Los consejeros comenzaron a hablar, se desató un gran revuelo, e incluso algunos soltaron unos cuantos improperios…

—¿Cómo no nos informaron de esto? —preguntó Valeria, otra de las consejeras.

—Porque alguien se encargó de «ocultarlo». —Miró directamente a Emma—. A lo mejor pensó que era muy burdo, pero que de todas las maneras «iría con ello».

—¿Insinúas que soy la responsable de eso? ¡No me seas ridículo, por favor!

—No, no lo insinúo, lo afirmo. Aquí hay un correo electrónico que enviaste al alcalde, pidiéndole que omitiera esa información en los documentos oficiales. También tengo registros de transferencias bancarias desde una de tus empresas pantalla hacia una cuenta vinculada al alcalde… Pueden verlo en la página veintiocho de la memoria.

—¡*Buenoooo*, señores, ya salió el gordo! —anunció Elisa, otra de las consejeras.

—Aquí tienen el resto de los correos, de transferencias y de documentos modificados. Revisen ustedes mismos. Déjenme advertirles algo: si seguimos adelante con el proyecto, no solo nos enfrentaremos a demandas por destrucción del medio ambiente, sino también a una investigación penal que hundirá a esta empresa. —Enzo dejó sobre la mesa un *pendrive* a disposición de los consejeros de la empresa.

—Emma, esto es un desastre, ¿es cierto todo esto? —preguntó Víctor, el consejero decano de la empresa.

—¡Claro que no! —Emma se puso de pie, y miró a todos los miembros allí presentes—. ¡Este idiota está inventando todo para deshacerse de mí!

—Emma, tus acciones están poniendo en riesgo nuestra reputación como empresa —concluyó Enzo—. Propongo una votación para destituirla de su posición y que venda sus acciones, como así lo disponen los estatutos de la empresa, ante la pérdida de confianza de uno de sus consejeros.

—¡Y una mierda! ¡No pueden hacerme esto! ¡Yo traje el proyecto a esta puta mesa!

—Y casi nos llevas a la ruina. Esto no es personal, Emma. Es simplemente proteger a la empresa.

Pasadas unas horas, los consejeros votaron. La mayoría decidió destituir a Emma. La mujer salió furiosa de la sala, jurando venganza.

—¿Qué harás ahora, Enzo? —le preguntó Elisa, mientras recogía los papeles y se ponía el abrigo.

—Renuncio. Ya no puedo formar parte de esto. El lunes tendréis sobre vuestras mesas mi dimisión irrevocable y la venta de mis acciones a repartir según los estatutos. Ya me he asegurado de que todos los daños causados y por causar sean reparados. Lo único que me importa ahora es arreglar lo que… —Enzo se calló de repente. No hacía más que pensar en cómo podía recuperar a Luna.

CAPÍTULO 22

EMMA EN LA TV

Emma estaba sentada en un sillón rojo brillante, con un vestido ajustado, joyas llamativas y una sonrisa que no le cabía en la cara. Concretamente estaba en el plató de «*La Verdad al Desnudo*», un programa sensacionalista líder en *prime time* de las televisiones generalistas. En la casa de Luigi en Valdefresno, Teresa, Manuel, Luigi y Luna, estaban de picoteo… Era viernes por la noche. La televisión estaba puesta, pues llevaban anunciando toda la semana, la entrevista que le harían a Emma, en el canal del cotilleo…

—Hoy tenemos en exclusiva a Emma Costa, empresaria, visionaria, y según parece, la futura esposa de Enzo Moretti… ¡Emma, bienvenida! —Susana Friso, una periodista de dudosa credibilidad, presentaba así a una Emma totalmente decidida a vengarse de Enzo, como fuera y donde fuera y cuanto antes mejor…

—¡Gracias, Susana! La verdad es que estoy encantada de estar aquí, para aclarar muchas cosas y, sobre todo, para compartir una noticia preciosa.

—¡*Buenooo*, cuéntanos sin publicidad ni nada! ¿Es cierto que el proyecto del *resort* de lujo va viento en popa? No se habla de otra cosa en los medios, ni en las redes sociales, por no hablar del compromiso con Enzo Moretti, CEO de tu empresa. —Emma enseñó todos los dientes, con una suerte de sonrisa triunfal.

—¡Absolutamente cierto! Enzo y yo estamos trabajando codo con codo en este proyecto. Es un sueño que compartimos desde hace tiempo… Y pronto celebraremos nuestra unión, porque… ¡Nos casamos! —Al oír esto, Manuel desde la casa de Luigi puso los ojos en blanco y dijo:

—¡Madre mía, lo que hay que oír! ¿Codo con codo? Esa lo que quiere es meter la mano y no el codo en la cuenta de Enzo…

—¡Qué asco de mujer! Tiene la cara más dura que el cemento armado —añadió Teresa. Cortó un trozo de tortilla y se lo puso en un plato a Luna.

—Menuda película se está montando la tía. A ver cuánto tiempo tarda en soltar alguna barbaridad sobre el pueblo —susurró Luna con una mezcla de rabia y tristeza…

—¡Qué historia tan bonita, Emma! Pero ¿no ha habido críticas? Estamos hablando de terrenos protegidos, zonas de gran valor ecológico… —Escucharon decir a la periodista. Todos callaron para ver qué mierdas soltaba por la boca Emma.

—Mira, yo entiendo que haya gente que no entienda el progreso. Pero vamos a ver, Susana, ¿qué preferimos? ¿Unos cuantos pinos y cuatro vacas o desarrollo económico para una región olvidada? Hay que evolucionar —añadió Emma con fingida indignación.

—¿Y qué pasa con la gente del lugar?

—Es que eso es lo mejor. Esto va a ser una bendición para ellos… ¡Van a tener trabajo, llegará el turismo, el dinerito fresco! ¡La civilización! —En casa de Luigi, los ánimos se estaban caldeando. Manuel se puso en pie, con los mofletes llenos de tortilla y vociferando como un poseso dijo:

—¡Civilización, dice la pava! Como si viviéramos en la Edad Media. Vamos que nos va a traer la luz, el agua y un Zara… ¡No te jode!

—¡Y que no se olvide de las luces de neón, que no hay nada más civilizado que un puto cartel gigante en mitad del monte! —exclamó Luigi gritando a la tele.

—Hija, ¿cómo no le diste con la pala de quitar nieve en la cocorota a esta impresentable cuando llegó? Eso sí que habría sido una bendición para todos —Teresa masticaba la tortilla con rabia.

—¡Es que no puedo con ella! ¡Y encima se atreve a hablar del pueblo como si fuéramos unos salvajes «unga, unga»! —Volvieron a callarse para escuchar las majaderías de las dos locas que salían por la tele.

—Emma, eso suena increíble. Pero ¿qué opina Enzo? ¿Está igual de emocionado que tú con este proyecto?

—¡Ay! ¡Enzo es un hombre de acción, no de palabras! —exclamó Emma, con aire de superioridad—. Pero sí, vibramos en la misma onda. Él confía en mí y yo en él… ¡Formamos un equipo perfecto! —Manuel se rio a carcajadas cuando escuchó a la tía ridícula hablar por la tele.

—¿Equipo perfecto? Estoy seguro de que le engañó para que firmara hasta el papel del váter, ¡seguro!

—Y lo de hombre de acción… Claro de acción rápida: llegó, vio el barranco y se tiró de cabeza… ¡*Pfffff*! —se cachondeó Luigi.

—¡Que alguien le apague el micrófono a esa, por favor! ¡Me está subiendo la tensión y de un momento a otro va a empezar a pitarme el *Apple watch*! —Todos rieron al escuchar a Teresa poniendo voz de pija, tratando de imitar a Emma.

—¿Sí? ¡Un momento que me están indicando algo desde el pinganillo! —Susana Friso se llevó la mano a la oreja derecha. Seguramente le estaban diciendo algo desde el control—. ¡Atención! ¡Tenemos en directo desde el teléfono al prometido de Emma! ¡Enzo Moretti, qué sorpresa! ¡Buenas noches! ¡Bienvenido!

El regidor obligó al público presente en el estudio, a que aplaudiera a rabiar.

—¡*Cariñoooo*! ¡Qué ilusión que llames para apoyarme en directo! —La voz de Emma sonaba un poco engolada. Se tensó al instante. No contaba con que el miserable de Enzo llamara en directo al programa. Mientras tanto en casa de Luigi, todos se cogieron de las manos, totalmente absortos en lo que estaba ocurriendo al otro lado de la pantalla.

—No he llamado para eso, Emma. Solo quería aclarar la verdad. —La voz de Enzo sonaba clara y segura.

—¿La verdad? ¿A qué te refieres, Enzo? —Susana Friso, parpadeó un par de veces y puso una sonrisa de falsa inocencia, porque en el fondo los ojos le hacían chiribitas de pensar en el *share*, o cuota de pantalla, o como mierda se llamara aquello… El caso es que la chola se le estaba llenando con imágenes de *pastuki*.

—Me refiero a que Emma está mintiendo descaradamente. Ni estamos comprometidos ni

apoyo ese proyecto. De hecho, he renunciado a mi puesto de trabajo en la empresa, porque lo que propone es ilegal e inmoral. Ese lugar de los Pirineos es una zona CEPA, protegida por ley. Cualquier intento de urbanización sería un delito medioambiental, y aunque no fuera un espacio protegido, supondría una canallada levantar una simple brizna de tierra de ese paraíso.

—Pero, Enzo… Cariño, no digas esas cosas. Estás confundido. —Sonrió descompuesta.

—No estoy confundido. Emma, tú has intentado sobornar al alcalde de Valdefresno para recalificar esos terrenos. Y lo que estás haciendo ahí, en el programa, es un intento patético de salvar tu imagen o tu culo, como prefieras. —En casa de Luigi se quedaron todos boquiabiertos…

—¡Hostia, puta, lo está soltando todo! —exclamó Manuel.

—¡A ver si va a tener más cojones de lo que pensábamos! —Silbó Luigi.

—¡Bravo! ¡Así se habla, *coooñoo*! ¡Que quede claro quién es ahí la víbora! —Teresa no paraba de aplaudir.

—¡No me lo puedo creer! Está defendiendo el pueblo —susurró Luna, totalmente emocionada. Subieron el volumen de la tele y se mandaron callar unos a otros, pues Enzo seguía hablando a través del teléfono:

—Susana, quiero pedir también si se me permite…

—¡Por supuesto, cariño! ¡Este es tu momento! —«Y el mío», pensó Susana con las miras puestas en la repercusión de la entrevista y la pasta que supondría para el canal y para su propio bolsillo, la audiencia de aquella noche.

—Vale, pues quiero pedir perdón públicamente a los habitantes de Valdefresno por haber formado parte de ese proyecto, aunque fuera por error. Y quiero pedir perdón especialmente a Luna, una mujer increíble que me ha enseñado lo que realmente importa. Luna, si estás viendo esto, quiero que sepas que te amo y que estoy dispuesto a cambiar mi vida por completo.

—¡Esto es un puto complot en mi contra! ¡Estás arruinando mi carrera, Enzo!

—Emma, tú sola te has arruinado. Yo he dicho todo lo que tenía que decir, gracias, Susana. —Enzo colgó. La cámara que enfocaba a Emma se apagó para no mostrar cómo la mujer perdía los papeles en directo. En el comedor de Luigi, se quedaron todos con la boca abierta.

—¡Qué huevos! —exclamó Luigi.

—¿Qué opinas, hija?

—Que voy a tomar el aire. No puedo pensar en nada, con una declaración de amor por la tele.

CAPÍTULO 23

REENCUENTRO EN VALDEFRESNO

La noche era fría. Después de haber visto la explosiva entrevista y la declaración de Enzo en la tele, Luna bajó a toda prisa, las escaleras de la casa de Luigi, hasta la tienda donde estaba la puerta de salida a la calle. Necesitaba despejarse. Cuando abrió, vio una figura familiar apoyada en el muro de la casa de enfrente…

—¿Enzo? —Se detuvo en seco, con el corazón latiéndole a toda velocidad. Sentía los latidos en la base del cuello.

—¡Hola, Luna! —Sonrió tímidamente. Llevaba las manos en los bolsillos. Probablemente llevara la mano herida, ya sin vendaje.

—¿Qué…? ¿Qué haces aquí? ¿Cómo? Te he escuchado en la tele… Ahora mismo. —Enzo dio un par de pasos hacia ella.

—Vine en cuanto terminé la llamada. Llevo unos días por aquí, esperando el momento. Sabía que estarías aquí, como todos los viernes, en casa de Luigi, así que pensé… Pensé que ya iba siendo hora de enfrentarme a ti. —Luna intentó mantener la compostura.

—¿Todo esto para qué, Enzo? ¿Para rematarme después de lo que he escuchado? Dime para qué has venido. Quiero saber la verdad. —Enzo respiró hondo, se sacó las manos de los bolsillos y dijo:

—He venido para pedirte perdón. Para explicarte que lo que dije no fue una declaración fría para la audiencia. Es lo que siento, Luna. Dejé todo. Renuncié a la empresa, vendí mis acciones, corté cualquier lazo con ese mundo. No quiero esa vida. No después de lo que me hiciste ver aquí…

—¿Y qué? ¿Esperas que con eso me olvide de todo? ¿Que me olvide de cómo me sentí cuando descubrí quién eras realmente? ¿De lo que planeabas hacer con este lugar? ¿Con la gente? —Luna se resistía a ceder. No terminaba de fiarse del todo. Pero había pensado tanto en él. En lo que habían compartido aquellos días. En el flechazo que sintió y que la dejó muerta de amor…

—No, no espero que olvides nada. Ni que me perdones, así como así. Pero sí quiero que sepas que todo lo que ocurrió me cambió, tú me cambiaste Me salvaste la vida en ese barranco, pero también me abriste los ojos. Hiciste que me diera cuenta de que no era el hombre que creía y que quería ser. Me estaba perdiendo lo verdaderamente importante. —Luna lo observaba en silencio, mientras las palabras de aquel hombre le iban calando tan profundamente, que seguía luchando contra sus emociones.

—No sé.

—Entiendo que tienes todas las razones del mundo para no querer verme, para no creer en lo que te digo. Estoy aquí, porque no podía dejarte pensando que lo nuestro no fue real, porque lo fue, al menos para mí. Y porque… Te amo, Luna. Más de lo que creía posible.

—No digas eso, no me lo pongas más difícil, por favor. —Luna apartó la mirada sintiendo que las lágrimas iban a empezar a deslizarse por sus mejillas.

—¿Difícil? Pero si llevas semanas gritándome en sueños. Las pesadillas no me dejan dormir. —Luna rio con ganas.

—¡Eres idiota!

—Lo soy, pero quiero ser tu idiota, si me dejas. —Luna cerró los ojos. Y corrió a sus brazos. Se besaron, se abrazaron… Rieron.

—¿Qué hago contigo? ¿Te invito a cenar los restos de tortilla de patata que ha hecho mi madre? ¿O te mando de vuelta a Madrid a hacer yoga con los ejecutivos arrepentidos? —Enzo lanzó una carcajada.

—Podemos empezar con lo primero. Te quiero.

—Te amo, Enzo. —Se besaron con pasión.

—Luna, no sé si alguna vez podré merecerte, pero estoy más que dispuesto a intentarlo. Quiero demostrarte que esto es real. Que he cambiado. Solo te pido una oportunidad. —Luna le miró a los ojos, sintiendo que todas sus defensas terminaron por derrumbarse.

—Vale, pero solo una.

—Es todo lo que necesito.

—¡*Ehh*, *tortolitossss*! ¡*Lunaaa*! ¡No te preocupes que a ese le vamos a poner a currar en la tienda! ¡A ver si aprende lo que es ganarse la vida de verdad! —gritó Luigi desde la terraza. Habían salido los tres al ver que Luna había bajado a la calle a toda prisa…

—¡Déjales en paz, hombre! ¡Mira qué bonitos están ahí juntitos! —exclamó Teresa, riéndose a carcajadas.

—¡Ya era hora, menudo culebrón tenían montado estos dos! —añadió Manuel.

Luna y Enzo rieron abrazados bajo las luces de las farolas de la plaza del pueblo.

EPÍLOGO

UN SÍ QUIERO ENTRE MONTAÑAS

Era un día perfecto de primavera en los Pirineos. El lugar elegido para la boda de Luna y Enzo era un pequeño claro rodeado de montañas, junto a un río que brillaba bajo el sol. La decoración era sencilla, con flores silvestres que adornaban las sillas para los invitados y un arco de madera adornado con rosas blancas y amarillas, bajo el cual Manuel, el nuevo alcalde electo, tras la destitución del antiguo, destituido por corrupción, iba a oficiar la ceremonia, leyendo a los contrayentes los artículos 66, 67 y 68 del Código Civil.

Teresa, Luigi y Miriam, la mamá de Enzo, ocupaban la primera fila. Estaban encantados y felices de ver a la pareja del año casarse en medio de la naturaleza.

Miriam no paraba de reír pues Luigi no hacía más que tirarle ficha…

—Pues ya ves, Miriam, aquí en los Pirineos somos gente sencilla, pero tenemos lo que hace falta. Mucho estilo natural, corazón grande y yo, por supuesto…

—¿Siempre eres así o te estás esforzando para impresionarme? —Sonrió Miriam, mientras le miraba con mucha paciencia.

—¿Yo? Soy así todo el rato. Un caballero del siglo XXI… Pero con los pies en la tierra, no como todos esos tipos de ciudad.

—Luigi, por favor, no seas «*cuñao*», que parece que la tienes a punto de pedirle matrimonio antes de que se casen los novios. —Teresa se levantó un momento para ir a recoger a su hija y recorrer el pasillo hasta el arco con ella…

Enzo estaba nervioso perdido, ajustándose la corbata todo el rato y mirando a Miriam para que le recolocara la ropa…

Los invitados reían y charlaban amigablemente mientras sonaba una música suave, acorde al lugar.

En ese momento, Luna apareció del brazo de Teresa, su mamá del alma. Su padre se había negado en rotundo a acudir a la ceremonia. Luna no insistió. Hacía muchos años que no esperaba nada de él.

Llevaba un vestido blanco sencillo, con flores silvestres en su cabello de fuego. Al verla, Enzo sonrió como si fuera la primera vez que la contemplaba. Los murmullos cesaron mientras sonaba una melodía suave y Luna avanzaba hacia Enzo con una mezcla de emoción y de amor, mucho amor.

—Estás preciosa —susurró Enzo cuando Luna llegó junto a él.

—Tú también —contestó Luna y ambos rieron.

—Bueno, bueno ya basta de miraditas. Vamos al lío, que el nuevo alcalde tiene más cosas que hacer, como por ejemplo ir al convite después de esto… Empezamos. Enzo, tú que viniste aquí con mentalidad de urbanita, pero que ahora dices que has cambiado… ¿Aceptas a Luna como tu esposa? Prometiendo no fastidiarla con resorts y sobre todo, quererla y respetarla y *bla, bla, bla*…

—Acepto. Prometo que haré todo lo posible por estar a tu altura. Me has cambiado totalmente la vida, Luna, y no solo porque me salvaste, sino porque me enseñaste lo que de verdad importa.

—Vaya, ni en las películas dicen estas cosas. Ahora te toca a ti, Luna… ¿Aceptas a este madrileño que dice que ha cambiado y que, a juzgar por su cara, no sabe aún dónde se ha metido?

—Acepto, y prometo amarte en la salud y en la enfermedad, en la riqueza, en la pobreza y en todo los que nos plantee la vida. —A Luna le brillaban los ojos de felicidad. Entonces Manuel leyó los artículos 66, 67 y 68 del Código Civil, les declaró unidos en matrimonio y les entregó el acta para que la firmaran y se remitiera posteriormente al registro civil.

—¡Pues ya está! ¡Ahora a comer y a beber, que la vida es corta y el vino no espera! —exclamó Manuel.

Los invitados aplaudieron y vitorearon a la pareja que se besaba con pasión. Lola con un lacito rosa en el cuello, había estado observando todo con mucha atención, y al escuchar los aplausos, ladró y movió la cola como si también celebrara el momento. Luigi aprovechó la ocasión para inclinarse hacia Miriam y le susurró al oído:

—¿Ves qué bonito? Igual nos toca a nosotros pronto.

—No te emociones, Luigi. Por ahora me voy a conformar con que me traigas una copa de champán, para celebrar el matrimonio de mi hijo.

—¡Eso está hecho, mi reina! —Teresa, negó con la cabeza pensando «este tío no tiene remedio».

FIN

AGRADECIMIENTOS

Te agradezco enormemente el haber llegado hasta aquí, y haber leído esta historia. Creo firmemente que, a veces, las peores caídas no son las físicas y que los errores del pasado no tienen por qué definirnos, pero sí lo que hagamos para corregirlos.

El accidente de Enzo le enfrentó a sus propias contradicciones, a sus decisiones equivocadas y a un estilo de vida totalmente arrasador.

Luna entonces le ofreció algo que no sabía que necesitaba: una nueva perspectiva y la posibilidad de cambiar.

Si te ha gustado esta historia, me encantaría que dejaras tu opinión, que es muy importante para mí en:

http://www.amazon.es/

MIS OTRAS NOVELAS

COMO VICTORYA SERRADA

Ven a casa por Navidad

No me vengas con esas

Te concedo tres deseos

Eso díselo a tu ex

Todo menos mi corazón

Entre pétalos y sueños

Te odio con todos mis gigas

COMO MARIE XIMENA

Como perfume derramado

La papisa

Sirena, cuento de Navidad

Mariela, mi amor

Soy lo prohibido

La sartén por el mango

¿Me recuerdas?

¡Divino!

MIS REDES SOCIALES

Facebook

https://www.facebook.com/ximena.dupuisfontenebleau?locale=es_ES

Instagram

https://www.instagram.com/victorya_serrada_autora/